

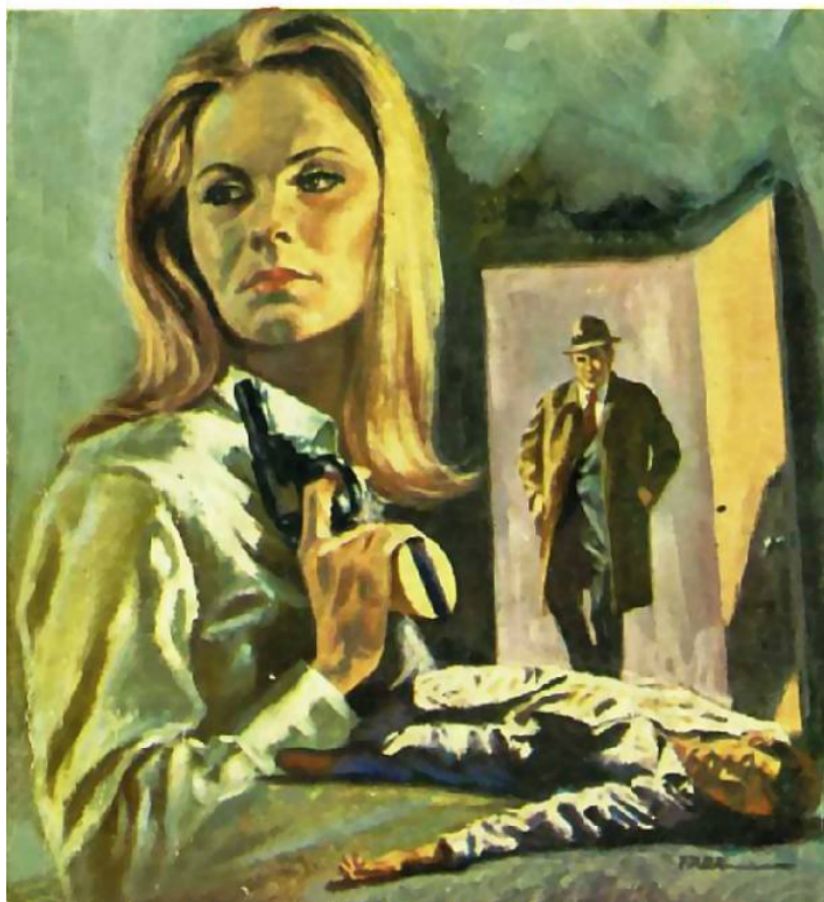
BOLSILBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

el preso que surgió de la noche

joe mogar



SS

SERVICIO SECRETO



JOE MOGAR

EL PRESO QUE SURGIÓ DE LA NOCHE

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.167

Publicación semanal

Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

Depósito legal: B. 43.569 -1972
Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición: diciembre, 1972

© JOE MOGAR -1972
Texto

© SALVADOR FABA -1972
Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)
Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.013. - Llamada a un pistolero.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

395. - Alias, Pistol Kendal.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.154. - Muerte en las nubes.

En Colección CALIFORNIA:

767. - Cabalga, pistolero, cabalga.

En Colección SALVAJE TEXAS:

854. - El siete de «pike».

En Colección COLORADO:

776. - Plomo para Monty.

En Colección KANSAS:

756. - La sureña.

En Colección BRAVO OESTE:

583. - Una forastera peligrosa.

En Colección PUNTO ROJO:

468. - Misión extraordinaria.

En Colección ASES DEL OESTE:

672. - Una silla de montar.

CAPÍTULO PRIMERO

La joyería estaba instalada en el centro de la Calle 20, en pleno distrito v de Nueva York.

Larry Stivens lo sabía desde tiempo atrás.

Se podía decir, sin temor a equivocarse, que buena parte de su tiempo lo había empleado en estudiar su situación, el ir y venir de las gentes, las horas llamadas punta, la vida privada del dueño, y en fin, todos y cada uno de los detalles que le hacían falta para dar cima al proyecto que venía estudiando día a día.

Ya faltaba poco.

Muy poco.

Aquella noche.

Es decir, la noche que ya estaba viviendo desde hacía por lo menos cuatro horas.

Miró el reloj de pulsera.

Las cero horas cuarenta y siete minutos.

Stivens hizo un rápido cálculo mental, se echó el ala del sombrero sobre los ojos, se subió el cuello de la trinchera que llevaba puesta y abandonó el oscuro portal donde se había detenido, y una vez más, exactamente como hiciera con anterioridad, lanzó una larga mirada a su alrededor y luego, satisfecho, empezó a andar Broadway abajo hacia la parada del «bus».

Lo tomó.

Tres cuartos de hora más tarde se encontraba en la Calle 20, en su extremo más cercano a la joyería.

Se subió aún más el cuello de la trinchera, volvió a mirar a su alrededor, hizo una mueca que descompuso un tanto la impasibilidad de piedra de su rostro de halcón, y empezó a andar sobre la acera, sin dejar de observar a todos lados, en una calle silenciosa y vacía, pero profusamente iluminada.

La joyería.

Allí, muy cerca, a menos de una manzana.

Continuó andando, consultando de paso el reloj.

Otro cálculo mental.

El vigilante de ronda tardaría exactamente treinta y ocho minutos en pasar frente a la puerta de la joyería.

Tenía pues, el tiempo suficiente.

Cinco minutos después se detuvo frente a la joyería, en la acera opuesta, y desde uno de los portales estuvo examinándolo todo; lo largo y ancho de la calle, los portales del lado de la joyería, las oscuras ventanas de los edificios adyacentes, hasta que finalmente, diciéndose que no podía perder mucho tiempo, empezó a cruzar al otro lado.

Pisó la acera sesenta segundos más tarde y de nuevo volvió a mirar a su alrededor.

Se estaba jugando cadena perpetua con aquella acción, pero ni siquiera pensaba en aquello. Sus cálculos, elaborados pacientemente desde meses atrás, no podían fallar.

Lo otro, lo demás, poco o nada importaba.

Se encogió de hombros justamente cuando le faltaban cuatro o cinco yardas para encontrarse frente a la puerta de la joyería, movimiento que se cortó en seco cuando vio cómo aquélla se abría.

Sin dudarle, Stivens saltó hacia atrás, hacia el portal más cercano, y desde allí miró procurando no dejarse ver.

Una mujer.

Rubia, de pelo largo, casi a media espalda, envuelta en una trinchera, exactamente como él mismo.

No le podía ver el rostro.

Dándole la espalda, con la trinchera, tampoco su figura, aunque sí la cartera que llevaba sujeta por la mano derecha.

Una mujer... que necesariamente no debía estar allí ni mucho menos, por lo que empezó a hacerse preguntas.

¿Cómo había entrado allí? ¿Cuándo? ¿Qué fue a buscar en el interior de la joyería y sobre todo, qué significado tenía aquella cartera?

¿Documentos?

Aquello era absurdo como también lo era la presencia de la rubia.

Empezaba a alejarse de él y del establecimiento, sin volver la cabeza hacia atrás.

Stivens abandonó el portal dudando entre seguirla o entrar en la joyería para ultimar de una vez por todas, el negocio que allí le llevaba, hasta que optó por lo primero.

Fue detrás, paso a paso, admirando lo poco que podía ver de sus piernas debido a la trinchera, y su grácil taconeó sobre la acera.

¿Dónde iba?

La respuesta a su última pregunta la tuvo tres o cuatro minutos más tarde, cuando dieron vista a la parada del «bus».

La vio detenerse junto al poste indicador, también sin lanzar una sola mirada a su alrededor, y entonces sacó el arrugado paquete de cigarrillos y encendió uno.

Cuando la primera bocanada de humo azul se elevó hacia el espacio en la tranquila atmósfera que reinaba en la calle, Stivens se colocó a su lado y procuró mirarla con disimulo.

El perfil era perfecto, y los ojos grandes, rasgados, y le parecieron verdes.

El «bus».

Llegó justo en el momento en que se decidía a interpellarla, por lo que ahogando en su garganta las palabras que iba a pronunciar, esperó a que subiera y a continuación lo hizo él, sacando billete hasta el final del trayecto.

Pero la rubia descendió antes.

Stivens esperó unos segundos y luego, cuando ya el conductor hacía ademán de cerrar las puertas, saltó fuera y empezó a andar tras ella, preguntándose de paso si se habría o no dado cuenta de que era seguida.

Si era así, la muchacha no lo daba a entender ya que ni siquiera había vuelto una sola vez la cabeza. Igualmente que cuando abandonara la joyería, seguía caminando con la vista al frente, y portafolios en mano.

No fue muy lejos.

Apenas media cuadra, y empezaron a ocurrir cosas.

Los tipos eran dos, que surgieron de entre las sombras, Stivens no pudo darse cuenta de dónde, sino que de pronto estaban allí, andando tras la rubia, unas diez o doce yardas por delante suyo.

Apresuró el paso.

Unos segundos más tarde, uno de los dos se colocó al lado de la rubia.

Ella no le miró, pero empezó a andar más deprisa. El tipo en cuestión continuó a su lado, sin dejar de observarla, en tanto que el otro se mantenía a la misma distancia, dispuesto a intervenir en el momento oportuno.

—Buenas noches, *miss*...

La rubia no contestó.

—Voy a acompañarla, ¿sabe?

Ella siguió como si tal cosa hasta que el otro se adelantó para colocarse al otro lado, con lo que quedó en medio de los dos.

—Será mejor que nos entregue ese portafolios, linda.

Hasta los oídos de Stivens, las palabras llegaban con absoluta tranquilidad.

Frente a él, la rubia no pronunció palabra pero se detuvo en seco y luego les enfrentó.

Entonces habló:

—¿Puedo saber qué quieren?

—La cartera, preciosa.

—¿Qué es esto, un atraco?

—No, claro que no. Es... una petición hecha con toda cortesía.

La rubia no dijo nada, dio media vuelta y empezó a correr.

Sólo dio dos o tres pasos, antes de que el que primero llegara a su lado la prendiera por un brazo, en tanto que con la otra mano tiraba de la cartera. La rubia dio un traspié y cayó al suelo de rodillas, y el atacante lanzó una maldición al darse cuenta de que aquélla iba sujeta a la muñeca de la rubia por la correa.

—Vamos, ayúdame.

Se inclinó mientras que el otro se acercaba y entonces ella alargó la mano y sus uñas largas y nacaradas marcaron la cara del agresor.

Maldijo roncamente, retrocedió un paso y el otro sacó un cuchillo, y disparó la mano pegándole brutalmente contra la pared.

No gimió, no lanzó un solo grito, pero sus ojos se cuajaron de lágrimas, cuando ya el otro levantaba el cuchillo con ánimo de cortar la correa, y quizá de algo más.

Aquello era obvio para Stivens, que ya no vaciló.

De un par de zancadas se colocó a su lado y le prendió por el

hombro.

—Un momento, amigo —dijo.

Y disparó el puño, de arriba abajo.

CAPÍTULO II

El tipo del cuchillo recibió el golpe a un lado de la cara, vaciló sobre sus pies dando una media vuelta sobre sí mismo y rodó por la acera hasta la calzada cuando ya el otro llevaba la mano a la funda de la axila, enfrentándole.

Stivens no le dio tiempo a desenfundar; saltó contra él sujetándole por la muñeca armada, se volvió de espaldas pasando el brazo sobre su hombro, y tiró.

La rubia jamás había visto a un hombre volar, por lo menos sin avión, pero ahora sí, porque el tipo en cuestión describió una amplia curva por el aire y se estrelló contra el bordillo de la acera con un impresionante crujido de huesos, que Stivens no oyó.

Hubo un apagado «ploff» y la bala se le llevó un mechón de los cabellos, por lo que se lanzó al suelo, dio un par de vueltas sobre sí mismo mientras llevaba la mano a la funda sobaquera, y apretó el gatillo de la «Luger» cuando ya las siguientes balas levantaban chispas del asfalto, casi junto a sus pies.

Frente a él, el tipo en cuestión se contrajo, los labios se le mancharon de sangre, dio un traspié, y finalmente se desplomó a pocos pasos de la rubia, que en aquel momento hacía ademán de ponerse en pie.

Stivens enfundó, tomó el sombrero que había caído al suelo, se lo encasquetó, recogió el portafolios y se acercó a ella prendiéndola de un brazo.

—Vamos, preciosa —dijo—, hay que correr si no queremos que la policía...

Pero fue ella la que tiró de él hacia la primera bocacalle que doblaron a la carrera cuando ya en la distancia empezaban a oírse los silbatos de los agentes de la ley.

—¿Me da ese portafolios?

Stivens se dejó caer sobre uno de los sillones, ya en el interior del apartamento de la rubia, en el *living-room* donde le había conducido, y tras lanzar una fugaz mirada a su alrededor la enfrentó abiertamente.

Era hermosa.

Muy hermosa, despojada ya de la trinchera, bajo la sencilla blusa y la minifalda, mostrando los perfectos muslos casi al descubierto, y envueltos en medias de fino *nylon*.

Ojos grandes, rasgados y verdes, y la boca roja como una herida. Desafiante y provocativa de los pies a la cabeza.

—Le hice una pregunta. ¿O es que no me oyó? —Y añadió mucho antes de que Stivens lograra responder—: Y no me mire las piernas de ese modo. No me gusta.

—¿Por qué he de dárselo?

La rubia le miró con asombro.

—¿El... el...? ¿El portafolios?

—Seguro, preciosa. ¿Por qué?

—Es mío, ¿no? De mi exclusiva propiedad. ¿Es o no es así?

Antes de responder, y ante la atenta mirada de ella, que no, se movía, que permanecía en pie, frente a él, apenas separada por cuatro o cinco yardas, Stivens sacó el paquete de cigarrillos y encendió uno.

—Eso es lo que vamos a discutir —dijo.

El asombro que había en los ojos de la rubia se acentuó.

—Nada hay que discutir —replicó. Y Stivens se dio cuenta de que su voz había cambiado—. ¿Me lo da?

Stivens se recostó contra el respaldo del sillón.

—¿Qué contiene?

—¿Cómo...?

—Me estoy preguntando qué es lo que contiene ese portafolios.

—¿Sí...? Bueno, no creo que le importe mucho, ¿verdad? Ni siquiera nada. Le doy las gracias por lo que hizo esta noche por mí, pero nada más. Y ahora, si no le molesta, márchese, por favor. Estoy muy cansada.

Stivens fumó plácidamente por espacio de varios segundos y contestó:

—Ya me marchó, muchacha, pero antes, deseo saber...

La rubia le interrumpió:

—Eso ya lo dijo antes.

—¿Y...?

Los verdes ojos chispearon.

—Eso es algo que no le importa.

Flemáticamente, Stivens fumó otros tantos segundos y al fin respondió:

—No diría yo tanto, querida. El contenido de este portafolios me interesa. —Y pensaba en la joyería que dejara atrás para ir tras los pasos de la muchacha que ahora tenía frente a sí mismo—. Vamos, ¿qué contiene?

Ella cambió de actitud al sonreír, pero no se le acercó.

—Nada de valor —dijo—. Y le estoy diciendo la verdad.

Stivens lanzó una fugaz mirada al portafolios que se encontraba en el suelo, apoyado contra el sillón donde se sentaba.

—Escucha, monada. —La tuteó haciéndole fruncir el ceño—. Yo veo las cosas de distinto modo...

—¿Sí...?

—Si dejas de interrumpirme te lo explicaré.

—Correcto. Desembuche y lárguese de una vez... con mi eterno agradecimiento.

—Bien; yo... yo rondaba la joyería de la Calle 20. ¿Vas entendiendo? Repentinamente, cuando me dispongo a entrar allí, aparece una rubia, portafolios en mano. Una rubia que necesariamente no debía contar en parte alguna... pero que, sin embargo, repito, aparece de buenas a primeras, y saliendo de ésa joyería. Precisamente de ese lugar. Echo a andar detrás de ella y... aparecen dos tipos que tratan de quitárselo... y ocurre todo lo demás. Eso pica mi curiosidad. Vamos, nena, ¿qué contiene ese portafolios?

—¿Conque era eso?

—¿El qué?

—Usted lo ha dicho. El portafolios. Sólo por eso lo hizo, ¿verdad? Y yo que creí...

—¿Qué era por sus piernas? —Stivens se echó a reír y durante un breve espacio de tiempo su risa, carente de alegría, se extendió por todo el living, *para cesar tan repentinamente como había empezado* —. Nada de eso. Fue... porque me interesa lo que contiene. Me lo dice, o debo averiguarlo por mí mismo.

Se inclinó un poco, alargó la mano y lo tomó por el asa.

La rubia no dijo nada por el momento. Se limitó a esconder la mano en su vestido. Luego la sacó con rapidez.

—Será mejor que me lo dé, muchacho —dijo ahora.

Stivens la miró.

Era pequeña, pero fea, la automática que empuñaba y con la cual le estaba apuntando a la cabeza.

Sonrió.

—¿Y para eso tiene que ponerse así, hermana? —preguntó.

—Démelo, ¿quiere?

La voz era incisiva, y claramente Stivens, aún a aquella distancia, vio cómo sus nudillos blanqueaban sobre la culata del arma.

—De acuerdo, querida —dijo.

Y se lo lanzó a la cabeza mientras se dejaba caer a un lado.

La rubia se agachó para evitar el improvisado proyectil y apretó el gatillo justo en el momento en que los brazos de Stivens se cerraban sobre sus piernas, con lo que ambos se fueron al suelo, donde empezaron a dar vueltas y más vueltas, él tratando de arrebatárle el arma y ella de meterle un balazo donde pudiera.

Por el momento en cualquier parte era buena.

No la dejó.

En una de las vueltas, Stivens la golpeó en el rostro, la cabeza de la rubia dio contra la pared, perdió la automática, y mascullando algo entre dientes, elevó las manos y trató de marcarle el rostro con las uñas, pero tampoco pudo hacerlo.

Stivens se adelantó, quitándosela de encima de un par de bofetadas, se puso en pie, y dio una patada a la pequeña automática, lanzándola al extremo opuesto del *living-room*.

Fue detrás, la recogió, la guardó en el bolsillo derecho de la americana y se volvió a mirarla.

La rubia se estaba poniendo en pie.

—¡Es usted un...!

Stivens la interrumpió:

—¡Maldito hijo de perra!

Stivens le dedicó una sonrisa.

—Otro día atenderé a esos insultos, muchacha. —Se volvió hacia la puerta y fue acercándose sin perderla de vista—. Espero que...

La rubia jamás supo lo que en realidad iba a decirle porque en aquel momento el timbre de aquélla empezó a sonar. Y tampoco supo cómo lo hizo, pero lo cierto fue que se vio frente al cañón de la automática que Stivens empuñaba.

—No... No salga ahora, por favor.

Stivens hizo una mueca y respondió en un leve susurro:

—No pensaba hacerlo, pequeña —dijo—. Dígame...

No tuvo tiempo de terminar con la recién comenzada frase, ya que a través de la puerta le llegó la voz que menos podía esperar en aquel momento:

—Vamos, abra la puerta. Es la policía.

Instantáneamente, Stivens la apuntó a la boca del estómago.

—Deprisa —dijo—. ¿Dónde está la escalerilla de incendios?
¡Vamos, pronto!

La rubia vaciló y Stivens le clavó el cañón del arma en la boca del estómago.

—¡Perro!

—Después, querida. Ahora hay algo más interesante que hacer.
¿Dónde está esa salida?

Mirándole a los ojos, mientras que el timbre de la puerta comenzaba a sonar, la rubia dio media vuelta y empezó a andar en silencio. Stivens la siguió, con el portafolios sujeto por la mano izquierda mientras que con la derecha continuaba apuntándola.

Un dormitorio.

Necesariamente tenía que ser el de ella.

Allí se enfrentaron una vez más, mirándose en silencio, hasta que ella lo rompió con una pregunta, que en realidad era la misma que otras veces:

—Deme el portafolios, ¿quiere?

Pero sabía que no iba a hacerlo.

—¿Para qué lo quiere?

—Eso ya se lo dije.

—Sí, lo sé. Pero...

—Escuche, muchacha —la interrumpió—. Tal vez dos hombres hayan muerto esta noche por esto que llevo en la mano. Tal vez mueran otros cuantos más. Tal vez, también, me toque a mí... y por eso deseo saber lo que contiene. Me lo llevo como le dije, y voy a registrarlo dentro de muy poco. Luego... puede que me ponga de

nuevo en contacto con usted, o puede que no. ¿La escalerilla...?

La rubia hizo un gesto y señaló la ventana.

—Abra eso —dijo—, y ojalá se salte la tapa de los sesos, bastardo.

En la puerta de la calle, el timbre había dejado de sonar pero ahora los golpes contra la madera causaban el efecto de que la iban a arrancar de su marco.

Stivens no respondió. Sin dejar de apuntarla empezó a retroceder, pasó una pierna por el alféizar, luego la otra, y con una burlona sonrisa desapareció de la vista de la rubia.

Ella permaneció allí, mirando el hueco de la ventana, por espacio de unos segundos, y luego, con un gesto de resignación en su bello rostro, dio la espalda y lentamente se encaminó a abrir.

CAPÍTULO III

Una vez en la calle, sin volver la vista atrás, Stivens tomó un taxi hasta la 50 y desde allí hasta la Madison Avenue, utilizó el *subway* hasta su apartamento.

Ya en el *living* se despojó de la trinchera, sombrero y americana, la correílla con la funda sobaquera y la «Luger», luego de haber soltado el portafolios sobre uno de los sillones, y se encaminó al frigorífico.

Se preparó un *whisky*, se sentó en el sofá y lanzó una fugaz mirada al portafolios que ahora quedaba a su izquierda.

Bebió un poco, encendió un cigarrillo y por último consultó el reloj.

Las cuatro de la madrugada.

Stivens se decidió.

Alargó la mano, lo tomó por el asa y lo abrió, examinando su contenido.

No había joyas, pero sí algo que valía, para él, muchísimo más.

Volvió a beber.

Pensaba.

Ahora a hacer de conejo de Indias, a esperar, tal vez la muerte o cualquier cosa infinitamente peor. Como por ejemplo, regresar al lugar de donde había venido, y esta vez sentenciado a cadena perpetua.

Sonrió, como si aquel pensamiento le hiciera verdadera gracia, apuró el resto del *whisky* de un trago y se puso en pie.

De nuevo con el portafolios en la mano abandonó el apartamento y salió a la calle.

Tres o cuatro minutos más tarde se perdía en la noche.

Cuando regresó, dos horas y media más tarde, ya no llevaba la cartera. Por la línea del horizonte clareaba un nuevo día.

No se acostó, fue a la ducha, cambió de ropa y se dispuso a prepararse el desayuno, que luego devoró con envidiable apetito.

Meditaba.

En un par de mujeres hermosas; en la tercera, la dama del portafolios. La rubia de la minifalda y bellas piernas, y en dos o tres hombres, uno de los cuales tenía que ver aquel mismo día.

Terminaba el desayuno cuando el timbre de la puerta empezó a sonar con estridencia. Sin responder a la llamada, sin apresurarse, Stivens fue al dormitorio, tomó la automática, que deslizó en el interior del bolsillo trasero del pantalón y fue a abrir.

Pero antes miró por el visor, y a continuación una extraña mueca apareció por entre sus delgados y crueles labios.

Stivens descorrió el pestillo y franqueó el paso.

El teniente Jeff Donovan del Departamento de Homicidios de Nueva York y tres policías más, estos últimos de uniforme, quedaron frente a él.

Stivens no pronunció una sola palabra, se limitó a apartarse a un lado y los cuatro cruzaron el umbral.

Cerró la puerta cuando ya estaba oyendo la orden del teniente:

—Vosotros, registrad todo esto.

Stivens le enfrentó con una fría sonrisa en los labios.

—Espero que traiga una orden de cateo, teniente —dijo.

—¡Claro que la traigo! ¿O acaso me cree tonto?

La sonrisa de Stivens se amplió.

—Muéstremela, ¿quiere?

—No se fía, ¿eh?

—Exactamente lo mismo que usted de mí. ¿Me la enseña?

Donovan lo hizo y tras lanzarle una fugaz mirada, Stivens abarcó con un gesto de sus brazos toda la amplitud del apartamento.

—De acuerdo, teniente —dijo con sorna—. La casa es suya.

Y se dejó caer en uno de los sillones.

No se equivocó porque Donovan no se movió. Sencillamente, y sin pronunciar una sola palabra, se sentó a su lado, lanzando una larga mirada a su alrededor.

Los segundos primero y los minutos después empezaron a transcurrir en el más absoluto silencio, hasta que Donovan perdió los nervios.

Junto a él veía a Stivens fumando plácidamente, con Una sarcástica sonrisa en la boca, en tanto que sus tres agentes registraban el apartamento.

—Se está divirtiendo, ¿verdad?

—Un poco —confesó fríamente—. Escuche, teniente, ¿por qué no me dice lo que busca y quizá yo pueda ayudarle?

Donovan maldijo entre dientes y respondió:

—Espere que lo encontremos y se lo diré.

—Pero ¿de verdad espera encontrar algo aquí? ¿Y qué es, si puedo saberlo?

No respondió.

Esperaba; y supo que había fracasado estrepitosamente, tres cuartos de hora más tarde cuando sus hombres se acercaron a ellos.

—Si no lo tiene encima —dijo el más alto del trío—, en el apartamento no está.

Donovan se puso en pie y Stivens le imitó, por lo que ambos quedaron frente a frente, mirándose a los ojos, sin chispa de reconocimiento.

—Creo que tendré que registrarle, Stivens —dijo.

—Le he dicho que si me dice lo que busca, tal vez yo pueda ayu...

—¡Lárguese al diablo con sus bromas, bastardo! Va a dejar que le registren, ¿sí o no?

—Vuelvo a preguntarle lo mismo, teniente, ¿qué busca?

—Eso no le importa a usted.

Les miró a los tres, uno a uno, y luego, sonriendo burlonamente enfrentó al teniente.

—Correcto —dijo—. Puede empezar cuando quiera.

Hubo unos segundos de silencio que Donovan rompió:

—Tendrá que desnudarse, Stivens.

—Le advierto que soy bastante feo, ¿comprende?

—Desnúdese, Stivens, quiero examinar esa ropa.

Tras una ligera vacilación se encogió de hombros y respondió:

—De acuerdo una vez más... pero tenga cuidado con ella, o le haré pagar un traje nuevo. No crea que no sé cuáles son mis derechos. Y lo haré después de denunciarle a usted por abuso de autoridad. Lo entiende, ¿verdad?

—Desnúdese, ¿quiere? —preguntó por tercera vez.

Lo hizo.

Diez minutos más tarde Donovan le devolvía la ropa rumiando su nuevo fracaso.

Al terminar de vestirse, Stivens tomó asiento frente a los tres mirándoles con gesto divertido.

—¿Algo más? —preguntó.

Donovan dudó unos segundos antes de responder.

—Sí —dijo—. Desde luego sí. Un par de muertos en el distrito v. Uno desnucado contra la acera y el otro muerto de un balazo en el corazón.

—¿Y cree que lo hice yo?

—Además... —continuó Donovan, dando la impresión de que no había oído su pregunta—. Cierta rubia que llevaba un portafolios. Denunció al tipo que se lo quitó, ¿sabe? Nos lo describió y todo coincide...

—Y la mía con cientos de miles de personas, teniente, lo que mal que le pese, no nos dice nada a ninguno de los dos.

Siguió un silencio que se hizo pesado y que Donovan cortó una vez más:

—Puede que no. Puede, también, que no le detenga por falta de pruebas, pero va a tener que decirme dónde estuvo anoche antes de venir aquí.

—¿Por qué tengo que hacerlo?

Donovan hizo una mueca y contestó:

—Podría decirle que porque quiero yo, pero no voy a hacerlo. Por tanto le daré otra razón, y para dársela empezaré con una pregunta: ¿En cuántos atracos ha participado desde que llegó procedente de Chicago?

—Eso ya me lo preguntaron la última vez que me detuvieron, teniente.

—De acuerdo. Pero tenga en cuenta que voy a terminar con usted y su burlona sonrisa, Stivens. Usted es un atracador, un maldito hijo de perra, ¿comprende? Sé, porque fui informado de eso, que durante más de tres meses ha estado rondando cierta joyería de la Calle 20, y John Merrick, su dueño, ha muerto asesinado. Le mataron anoche de un tiro en la cabeza.

Stivens reprimió un respingo e instantáneamente pensó en la rubia del portafolios, pero no la mencionó. Se limitó a preguntar burlonamente:

—¿Con una automática de gran calibre, teniente?

Donovan no respondió a aquello.

Simplemente preguntó a su vez:

—¿Dónde estuvo anoche, Stivens?

La sonrisa de éste era cuadrada cuando respondió:

—Escuche, teniente, hace tres meses o poco más que salí de allí, ¿comprende? Por tanto, ¿no cree que sería un completo imbécil si me metiera en otro lío?

—¿Dónde, Stivens?

Frunció el ceño.

—¿Conoce a Mirtha O'Hara?

Donovan respondió lentamente, frunciendo el ceño:

—Sé que me va a decir que pasó la noche con ella, pero esa declaración no sirve. Por lo menos para mí.

Stivens sacó los cigarrillos, encendió uno y contestó cuando la primera columna de humo azul se elevó hacia el techo:

—Pues no hay otra, teniente. Ahora, si quiere, hasta que lo averigüe, puede detenerme. Pero tenga en cuenta una cosa; si después resulta que nada tengo que ver con eso, le denunciaré a usted. Aunque sea un expresidiario, como usted dice, también tengo derecho a que se me deje en paz.

CAPÍTULO IV

Al terminar de hablar, Stivens se puso en pie.

—¿Va a detenerme, teniente? —inquirió.

—No puedo y usted lo sabe... Pero no salga de Nueva York sin que yo lo sepa. Lo entiende, ¿verdad?

Donovan hizo una seña a sus hombres y seguidos de Stivens se acercaron a la puerta. Junto a aquélla, Stivens preguntó:

—¿Se llevaron algo de la joyería?

Donovan le miró fijamente.

—¿Y usted qué cree? —preguntó a su vez.

Stivens le dedicó otra de sus fáciles y burlonas sonrisas.

—Y claro —respondió—, usted, llevado por la simpatía que tiene hacia mí, ha venido a mi apartamento a desahogarse conmigo, ¿no? Vamos, teniente, ¿qué fue lo que se llevaron?

—Lea los periódicos de hoy y se enterará. Los muchachos de la Prensa han hecho un buen trabajo.

Stivens no respondió; no dijo nada hasta que el teniente abrió la puerta.

—¿Cómo era la mujer que denunció la desaparición de ese portafolios? —preguntó.

Y no se sorprendió cuando el de Homicidios preguntó a su vez:

—¿Para qué quiere saberlo, Stivens?

—Por la descripción de la mujer. Por si esta cuadra con otras tantas y tantas miles de mujeres de Nueva York, polizonte. Creo que estoy en mi derecho, ¿verdad?

—¡Lárguese al cuerno, Stivens! —Cruzó el umbral seguido de los otros tres y ya en el pasillo añadió, mirándole fijamente—: Nos volveremos a ver, Stivens. No olvide eso.

—Será para mí un placer, teniente. —Fue la respuesta que obtuvo del expresidiario.

Lentamente, sin dejar de pensar, Stivens terminó de arreglarse y

de nuevo salió a la calle. Tres cuartos de hora más tarde se encontraba en el interior de un *snack* bar, en la Calle 20, muy cerca de la joyería de John Merrick, frente al *barman* que empezaba a servirle una lata de cerveza y un bocadillo de jamón.

Tomó el periódico que había sobre el mostrador, llevando una idea en la mente, y empezó a leer, comentando:

—Esto ocurrió cerca de aquí, ¿no? Bueno... es lo que creo.

El *barman* le dedicó una sonrisa mientras apartaba los ojos del periódico.

—Seguro. Tres o cuatro casas más abajo —dijo—. Mataron al dueño, ¿sabe? Le dispararon un tiro en la cabeza, con una automática de mediano calibre. —Volvió a sonreír y continuó—: Esta mañana estuvo aquí la policía haciendo infinidad de preguntas, pero no les pude decir nada.

—Al parecer el robo, si es eso lo que deseaba el que le mató, no se produjo —comentó Stivens.

—El diario no lo dice, pero eso no significa gran cosa.

—¿No...? ¿Por qué?

—Porque entre los policías había varios del FBI, y cuando los G-Men^[1] meten las narices en algo...

—¿Y usted no les pudo dar una pista?

—No. Ya se lo dije.

Repentinamente, mientras tomaba un trago de cerveza, Stivens tuvo una idea, pero no la expuso por el momento.

—Fue una lástima para la policía —comentó, como respuesta a las últimas palabras del *barman*.

—Eso es lo que yo pienso.

—Stivens volvió a beber y a continuación preguntó, cambiando materialmente el tema de la conversación:

—¿Vienen mujeres por aquí?

—Alguna que otra, pero más tarde. Al anochecer... —consultó el reloj y luego le miró a los ojos—. ¿Algún tipo especial?

—Me gustan rubias —repuso Stivens—, y así. —Hizo unos cuantos gestos cabalísticos con las manos y añadió—: Siendo rubias, me gustan todas.

El *barman* sonrió levemente.

—Así... Así... Bueno, sólo hay una. Dora es así, y algo más...

—¿Dora...? ¿Y qué más?

—Dora. Nada más que eso. Jamás dio su apellido, por lo menos que recuerde, ni yo le pregunté. Es... algo normal, ¿no?

Podía ser ella o no. Por tanto, sin perder la sonrisa, preguntó:

—Entonces, ¿cree usted que merece la pena esperarla?

—Sí, siempre que no fracase usted.

—¿Fracasar...? —El gesto de Stivens, de asombro, no era fingido ni mucho menos—. ¿Por qué?

El *barman rió levemente y contestó*:

—Ella vino aquí hace unos cinco o seis días y desde entonces ninguno de los clientes habituales logró conquistarla, ¿comprende? Esto me hizo pensar que era distinta a las demás a pesar de que venía a las horas clave... hasta que hace dos días vino un tipo y se la llevó. Desde entonces no ha vuelto.

Nuevamente miró el reloj y añadió:

—Puede esperarla si lo desea... y si es que viene.

Vinieron, todas, pero la llamada Dora no se presentó, y aquello confirmaba las sospechas de Stivens.

Aun así esperó pacientemente hasta las diez de la noche, pero Dora no vino. Dora, según sus propios pensamientos, tenía que ser la dama del portafolios. ¿Dónde se encontraba en aquel momento? ¿En su apartamento, o la habría detenido la policía?

Sería interesante averiguarlo. Sería... lo mismo, saber la identidad de la persona o personas que le dieron lo que llevaba en el interior del portafolios. ¿Acaso el propio John Merrick?

Tomó un taxi.

Una hora más tarde se encontraba frente al edificio donde la rubia tenía su apartamento, y desde la acera, Stivens lanzó una fugaz mirada a su alrededor y luego cruzó al otro lado.

Entró en la portería y despreciando el ascensor empezó a subir por la escalera, peldaño a peldaño, hasta que se encontró frente a la puerta.

Escuchó pegando el oído a la madera y aprovechando que en el pasillo no se veía a nadie.

Nada; del interior no le llegaba un solo rumor.

La tanteó con los dedos.

Cerrada.

Volvió a llamar con el mismo resultado, por lo que decidido ya, del bolsillo trasero del pantalón sacó un manojito de ganzúas y se

franqueó el paso.

El apartamento estaba a oscuras.

Stivens empezó a tantear las paredes del pasillo y guiado de aquella forma se fue acercando al *living-room*. *Llegó a la puerta y la empujó, alargó la mano y tanteó junto al marco buscando el interruptor de la luz, pero no llegó ni a tocarlo.*

Repentinamente algo estalló sobre su cabeza y el suelo se elevó hacia él a endiablada velocidad.

Stivens nunca supo cuánto tiempo permaneció allí, sin conocimiento, hasta que se recobró con la vaga sensación de que no estaba solo. Miró a su alrededor, y no se asombró en modo alguno del cuadro que había delante de sus ojos.

Todo parecía haber sido devastado por un huracán; no obstante, lo que buscaban en el interior del apartamento de la rubia lo tenía él, guardado en otro sitio. Pero fuera lo que fuese, jamás pensó que ellos iban a actuar tan rápidamente.

Sin abandonar sus pensamientos, con un dolor de cabeza insoportable, Stivens se encaminó al dormitorio, cruzó el umbral, y se detuvo junto al marco, pensando que ya no debía buscar más.

El dormitorio aún se encontraba en peor estado que el resto del apartamento. La desconocida y bella rubia también estaba allí, tendida sobre la cama y con un tiro en la sien.

Y al mirarla se dijo que aún continuaba siendo tan hermosa a pesar de que la muerte se había enseñoreado con ella.

No se acercó, se volvió dando la espalda y abandonó el apartamento cerrándolo a su espalda por el mismo procedimiento que empleara para entrar.

Ponía los pies en la acera cuando oyó el ulular de las sirenas de la policía.

Stivens apretó el paso y alcanzó la siguiente bocacalle cuando ya el primer coche-patrulla estaba a la vista.

Saltó hacia uno de los oscuros portales y permaneció allí hasta que pasaron. Luego tomó el *subway hasta la Décima Avenida*.

Ya a pie, caminó hasta el número 1036, e igual que siempre miró a su alrededor antes de decidirse a entrar en el portal.

Finalmente lo hizo y allí, exactamente como hiciera en el edificio donde la rubia tenía su casa, también empleó la escalera, despreciando el ascensor.

Apartamento 28, G.

Allí estaba, lo mismo que siempre. Tan falto de pintura como antaño.

Stivens no llamó. Una vez más aquella noche utilizó la ganzúa para entrar, cerró a su espalda y ahora sí alcanzó el *living sin contratiempo alguno*.

Siempre tanteando las paredes, alcanzó uno de los sillones donde se dejó caer completamente a oscuras, consciente de que Mirtha O'Hara aún tardaría unas cuantas horas en regresar.

Encendió un cigarrillo.

Cerró los ojos y se palpó la cabeza. Tenía un chichón del tamaño de un huevo de paloma y pensó que Mirtha arreglaría aquello tan pronto como llegara.

¿O tal vez no?

Últimamente las cosas entre él y ella no habían ido muy bien.

Pero no fue Mirtha quien se presentó tres horas más tarde, aunque sí era una mujer. Stivens tuvo conciencia de ello cuando recibió un golpe en la espinilla, abrió los ojos llevándose la mano al lugar golpeado, y a continuación los levantó haciendo ademán de ponerse en pie.

—Será mejor que se esté quieto.

Stivens se inmovilizó.

Y entrecerró los ojos mirando su propia automática que le apuntaba al pecho empuñada por una mano demasiado firme para su gusto. Había, también, unos cortísimos *shorts*, una *blusa sin mangas*, y dentro de todo aquello la *carrocería de mujer más hermosa que había visto en su vida*.

En resumen, ella, en sí, le gustaba como ninguna otra, pero el aspecto de su automática no.

Stivens la estuvo contemplando por espacio de varios segundos, hasta que se serenó por completo. Justo en aquel momento le llegó la pregunta de la muchacha:

—¿Qué hace aquí?

Stivens elevó imperceptiblemente una de sus cejas.

—¿No cree que en el mismo derecho me encuentro yo? —preguntó a su vez—. Posiblemente ese derecho me asista más a mí que a usted. Y a todo esto, ¿quién diablos es usted?

Ella sólo respondió a la última de sus preguntas, pasando por

alto todo lo demás.

—Es lo mismo que puedo preguntarle yo. ¿A qué vino? ¿A saquear el apartamento? Si es así, ¿no cree que cometió una imbecilidad sin nombre al quedarse dormido?

Rezumaban burlona ironía todas y cada una de sus palabras, pero Stivens simuló no darse cuenta de aquello.

—¿Qué le importa a usted, preciosa? —inquirió—. Por otra parte, como ya le he dicho, mi derecho, aquí, es mucho más fuerte que el suyo. ¿Comprende?

—¿Sí...? ¿Por qué?

—Porque esta casa no es de ninguno de los dos. ¿Me comprende ahora?

La repentina risa de ella le interrumpió.

—Creo que se equivoca, hermano —dijo cuando el exceso de hilaridad le dejó hacerlo—. Estamos en mi apartamento.

Por segundo vez, Stivens arqueó una ceja.

—Creo que la dueña de todo esto... —vaciló, mirando a su alrededor, pensando por primera vez cómo desembarazarse de la amenaza que para él representaba su propia automática—, se llamaba Mirtha O'Hara, y usted no es Mirtha ni mucho menos.

Ella se sentó en otro de los sillones, sin dejar de apuntarle.

—¿Quién es usted? —preguntó apenas lo hubo hecho.

—¿Y usted?

—Dora. Me llamo Dora. Eso es todo.

Stivens estuvo a punto de sobresaltarse, pero se contuvo a tiempo.

—Bien, Dora, querida —dijo—, ¿qué hace en el apartamento de Mirtha?

Ella le dedicó una bella sonrisa.

—Lo mismo que usted —rió divertida ante el estupor cada vez más acusado de Stivens, y añadió a continuación—: Este apartamento es mío. Mirtha lo dejó y yo lo alquilé.

—¿Espera que crea eso?

Dora levantó una de sus piernas y la cabalgó sobre la otra. Entonces bajó el cañón de la «Luger» y musitó:

—Sin embargo, es cierto lo que le digo. Tanto es así, que estoy por decir que usted es Larry Stivens. ¿Me equivoco?

—Sí, es así. No se equivoca. ¿Qué fue de Mirtha?

—¿Para qué quiere que se lo diga?

Stivens hizo una mueca.

—Tengo que hablar con ella.

—¿Y cómo sabe que Mirtha desea hacerlo con usted? —Eso no importa. Tengo que verla, ya que el asunto es importante. Si eso le sirve...

—De acuerdo, Stivens, hablaré primero con ella y... y si quiere verle, ya le avisaré.

CAPÍTULO V

Lon Peters.

Uno de los hombres que tenía que ver. Era, ni más ni menos, que su próxima visita. Ciertamente parecía habérselo tragado la tierra, pero no menos cierto que Mirtha sabría dónde encontrarle, y tampoco sabía, una vez que abandonara su apartamento, dónde localizarla.

Consultó el reloj.

¿Y por qué no?

El Ancla estaba en el centro de Broadway, y allí conoció a Mirtha. Ella pedía continuar allí, a falta de otra cosa mejor.

La repentina voz del taxista diciéndole que había llegado le sobresaltó.

Stivens abandonó el taxi, después de abonar la carrera, y entró.

Atravesó el local hacia la barra, sin mirar a la pareja de baile que había en la pista, se encaramó sobre uno de los altos taburetes y esperó.

Sólo fueron segundos. Don Taylor, el *barman*, se acercó a él y preguntó:

—¿Qué va a...?

Abrió unos ojos como platos, frunció el ceño y preguntó secamente:

—Un *whisky*, ¿no?

—Sí —repuso Stivens, sin hacer caso de su expresión—. Lo de siempre. *Whisky* con hielo.

Se lo sirvió sin pronunciar palabra, e intentó alejarse hacia el extremo opuesto del largo mostrador, pero Stivens se lo impidió con una pregunta:

—¿Qué sabes de Mirtha?

El *barman* achicó los ojos.

—Sigue aquí —repuso ante el asombro de Stivens—, pero no

creo que le guste su presencia.

Stivens hizo una mueca.

—¿Algún otro? —preguntó.

—Eso es algo que tendrá que preguntarle a ella. A mí no me importa, ¿comprende?

—En ese caso, Don, tampoco debe importarle si le agrada o no mi presencia.

El barman se alejó sin contestar y Stivens tomó el vaso, que apuró de un trago, abandonó el taburete y siempre sin lanzar ni una sola mirada a su alrededor se encaminó hacia la escalera del fondo, y que debía conducirlo al piso superior.

Tres minutos más tarde alcanzaba el pasillo, preguntándose *in mente* sobre lo que ella diría al verle.

Mirtha se encontraba cambiándose de ropa cuando entró sin llamar, exactamente como había hecho en infinidad de ocasiones. Mirtha era alta, casi tanto como la Dora que conociera no hacía mucho. Ojos grandes, almendrados, y con una gran fachada.

Todo un encanto de mujer.

Que se volvió tan pronto como le oyó entrar.

Por unos segundos, Stivens vio cómo contenía la respiración y luego cómo sus pechos acusaban el impacto del aire cuando aspiró profundamente y luego lo soltó con violencia.

—¡Larry!

Lo que ocurrió a continuación le tomó de sorpresa ya que no era lo que esperaba. Mirtha corrió hacia él y en unos segundos la tuvo entre sus brazos, besándola, acariciándola, notando también cómo sus caricias y besos eran de fuego.

Sacudió la cabeza, la separó de sus brazos, aún sorprendido, y fue a sentarse sobre uno de los taburetes. Mientras lo hacía, Mirtha consultó el reloj.

—¿Hace mucho que has salido de allí? —preguntó sin mirarle.

—Cerca de un mes —repuso Stivens con perfecta calma.

—¡Larry! ¿Treinta días y aún no te has dejado ver por aquí?

Stivens forzó una sonrisa.

—Tenía miedo que me apartaras de tu lado de un manotazo, nena. Exactamente como se aparta a un insecto molesto.

—Eso no voy a hacerlo nunca, Larry, y tú ya deberías saberlo. ¿Sabes por qué? Sencillamente porque te amo. Y tú, ¿por qué no

pruebas a cambiar de vida?

Mirtha terminó de ponerse el vestido y añadió antes de que Stivens pudiera contestar a la suya anterior:

—¿Nos vamos?

Stivens, como si no la hubiera oído, respondió a su primera pregunta:

—Porque no es posible. Porque cuando se ha caído, cuando se empieza a rodar por la pendiente, ya no te puedes detener.

Mirtha le prendió de un brazo y tiró de él.

—Yo tampoco he cambiado, por lo menos para ti —replicó—. Ni cambiaré nunca. Te quiero y tú lo sabes. Me he conservado fiel y tú lo sabes. Tú, Larry, podrías poner de tu parte...

—Es mucho mejor que nos vayamos —respondió, interrumpiéndola.

Sin responder, en silencio, ambos alcanzaron la escalera, atravesaron el local y salieron a la calle.

Siempre conducido por ella, Mirtha se detuvo frente al «Mercury» estacionado no lejos de allí, se soltó de su brazo para buscar el manejo de llaves, abrió la portezuela, y se volvió para mirarle.

—Vamos, sube —dijo.

El comentario de Stivens fue un tanto mordaz:

—En este año has prosperado mucho, Mirtha. ¿Quién es él?

—Podría decirte que uno cualquiera... o cada vez que se me antoja, pero no es cierto. «Él»... sólo has sido tú, y lo sigues siendo. Y... Y... no voy a tenértelo en cuenta, pero sí voy a decirte la verdad. Gano mucho, muchísimo más que podría haber soñado nunca. Por tanto no necesito un amante que me pague, estos lujos.

Stivens no respondió, y ella puso el coche en marcha.

Y en pleno Broadway, con los ojos fijos en el intenso tráfico, preguntó:

—¿En qué nuevo lío te has metido, Larry?

—En ninguno que yo sepa. —Fue la rápida respuesta que obtuvo de Stivens.

—Por favor, querido, no mientas.

—¡Mirtha!

Sin hacer caso de su tono, añadió:

—Ayer vino a verme el teniente Donovan del Departamento de

Homicidios. Quería saber si te había visto últimamente, y le dije que sí.

—¿Nada más?

—Pues sí. Le dije que desde hacía una semana nos veíamos todas las noches... en mi apartamento. En fin, qué no nos separábamos nada más que cuando yo estaba actuando. ¿Satisfecho?

—¿Por qué lo hiciste? El delito de perjurio se paga con...

—Sé todo eso, Larry —interrumpió ella—. Pero por encima de todas las leyes, está todo lo nuestro, ¿comprendes?

Stivens lanzó una fugaz mirada por la ventanilla y preguntó sin mirarla:

—¿Puedo saber dónde me llevas, querida?

—¡Pero Larry! A mi apartamento. ¿Dónde si no?

Por espacio de unos segundos, Stivens sopesó la respuesta que tenía que dar, hasta que por fin dijo:

—Alguien me dijo que te habías mudado, querida.

—Te engañaron. —Y preguntó sin transición alguna—: ¿Quién fue?

Dudó por espacio de varios segundos más, hasta que optó por decir la verdad:

—Una mujer de pelo color caoba, muchacha.

Mirtha frunció el ceño.

—No conozco a ninguna que tenga ese pelo, Larry —respondió lentamente—. ¿Quién crees que pueda ser?

Stivens no respondió.

Pensaba en la mujer que dijo llamarse Dora. ¿Por qué mintió? ¿Por qué dijo que Mirtha había dejado su apartamento?

Entonces preguntó:

—Continúas viviendo sola, ¿verdad?

—Excepto cuando tú estás, Larry.

Stivens guardó silencio hasta que ella añadió:

—Bueno, querido, ya hemos llegado.

Volvió a mirar por la ventanilla. Era verdad. El «Mercury» estaba detenido frente a la puerta del edificio donde ella tenía su apartamento. Stivens abrió la portezuela y la ayudó a descender, clavando los ojos en los esbeltos y largos muslos de la muchacha, apenas cubiertos por la cortísima minifalda, y que ella le mostró con perfecta desfachatez al descender del coche.

Ya en el quinto piso, Stivens se dio cuenta de que la puerta del apartamento de Mirtha estaba sencillamente entornada. Mirtha le miró sonriendo.

—Cualquier día van a robarme algo —comentó en tono jocoso—. Acostumbro a dejármela abierta con alguna frecuencia.

Pero Stivens sabía que por aquella vez, ella no llevaba razón. Por tanto extrajo la «Luger». Mirtha dio un respingo y exclamó:

—¡Larry! ¿Pero qué diablos...?

Stivens se puso un dedo en los labios y ella se interrumpió en seco. Luego la apartó suavemente a un lado de la puerta y a continuación la abrió de un empujón, saltando de costado.

Pero la agresión que esperaba no se produjo. Casi en el acto oyó la burlona voz de Mirtha:

—Creo que no estás bien de los nervios, querido.

Dando la callada por respuesta, Stivens cruzó el umbral y encendió la luz. Dio dos pasos, se detuvo, y se volvió a mirarla en tanto que ella lanzaba una ahogada exclamación.

—¿Dejaste así tu apartamento antes de salir, querida? —preguntó, mordaz.

Antes de que pudiera responderle, sin abandonar la «Luger», Stivens entró en el apartamento.

No había nadie. Ni la muchacha que dijo llamarse Dora, pero el interior del apartamento se encontraba en idénticas condiciones que el de la rubia del portafolios. Stivens se volvió, dándose de manos a boca con Mirtha.

Por espacio de unos segundos ambos se miraron en silencio, hasta que ella lo rompió.

—Voy a llamar a la policía, Larry —afirmó secamente.

Hizo ademán de dar media vuelta, pero Stivens la sujetó por el brazo.

—No hagas eso, monina —pidió fríamente.

Mirtha le miró con los ojos muy abiertos.

—¿Por qué? —preguntó.

Stivens tiró de ella hacia el dormitorio, la hizo sentar en la cama, ya que aquél era el único lugar donde podían hacerlo por el momento.

Parado frente a ella, sin dejar de mirarla fijamente, declaró:

—Lo que te ha ocurrido, Mirtha, preciosa, es culpa mía.

Ella agrandó los ojos.

—Explícate, ¿quieres?

—A eso voy. —Hizo una pausa y añadió—: ¿Dónde puedo encontrar a Lon Peters, monina?

—¿Qué tiene que ver Lon con todo esto, Larry?

—Aún no lo sé —respondió Stivens—, pero te apuesto lo que quieras a que Lon anda buscando algo que él sabe que tengo yo, o por lo menos lo sospecha así.

—¿Para eso le buscas?

—No, Mirtha, y tú lo sabes.

—¿Una venganza?

Stivens se permitió una sonrisa.

—Tampoco es eso. Lon me la jugó en cierta ocasión, pero eso ya está olvidado, siempre que me dé mi parte. Lo comprendes, ¿verdad?

—Sí, entiendo, y por eso, creo que lo nuestro va a terminar.

—Tú dijiste que...

—Que te amaba, ¿no? Es así, pero no puedo estar esperando minuto a minuto, día a día, que uno de tus amigos te salte la tapa de los sesos de un tiro, o que de nuevo vayas a parar entre rejas... si no acabas en la silla eléctrica.

—Correcto si lo quieres así, Mirtha. También puedes telefonar a la policía, pero antes te pido que me digas dónde puedo ver a Lon. Di, ¿dónde se esconde esa rata?

—Lon no se esconde nunca, Larry.

—¿No...? Entonces, ¿por qué no da la cara?

Ella rió suavemente.

—Encontrarás a Lon en la Octava Avenida, querido. Ve a verle y haz que te liquiden. Pero si no es así, si tienes suerte, no vuelvas por aquí. No podría recibirte.

Stivens permaneció en silencio durante unos segundos, en el transcurso de los cuales, Mirtha tuvo la sensación de que a pesar de tenerle cerca, muy cerca, frente a ella, él se encontraba a miles de millas de allí.

Después preguntó:

—¿Elmer Buchannan, Mirtha?

Ella le entendió perfectamente, ya que respondió:

—Con él.

—Nunca lo hubiera supuesto. Ahora, dime, ¿qué se traen entre manos?

—¿Para qué quieres saberlo?

Stivens contestó con otra pregunta:

—¿Lo sabes tú, querida?

—En concreto, nada.

—Sin concretar, Mirtha; ¿qué es ello?

—¡Larry!

—¡Cuernos! Contesta, ¿quieres?

Mirtha vaciló mientras se retrepaba contra la almohada, con lo que los firmes pechos atirantaron la tela de la blusa, pero Stivens no pareció darse cuenta del hecho, y al fin respondió:

—Muchas cosas y ninguna buena, Larry. Con seguridad no lo sé, pero creo que buscan o llevan chicas para la trata de blancas. Elmer es un chico guapo, según el gusto de algunas mujeres, y un conquistador. Tiene algo y... y se sirve de eso para... para...

—No es por ahí —interrumpió Stivens.

—No lo entiendo.

—Me estoy refiriendo al espionaje, querida —repuso Stivens fríamente.

Mirtha levantó sus magníficas piernas y se sentó sobre el lecho.

CAPÍTULO VI

Preguntó con los ojos muy abiertos, luego de un ligero silencio:

—¿Qué quieres decir?

—Confieso que aún no lo sé —repuso Stivens, secamente—. Y ahora dime; ¿hace mucho que esos dos andan juntos?

—Creo que cerca de un año. ¿Por qué?

Pero Stivens tampoco se lo dijo. Simplemente se limitó a formular una nueva pregunta:

—¿Quién es Dora, Mirtha?

Ella frunció el ceño.

—¿Dora...? ¿Y qué más, querido?

—No lo sé, y por eso te lo pregunto a ti.

—Pues continuarás sin saberlo, porque yo tampoco lo sé.

Stivens sacó el paquete de cigarrillos y encendió uno.

—¿Te diría algo a ti —preguntó—, si yo te dijera que una muchacha joven, hermosa, elegante y con más carrocería que tú, es la que ha puesto tu apartamento de este modo?

Mirtha se puso en pie de un salto.

—¿Cómo lo sabes?

—Hablé con ella esta noche, y aquí mismo, querida.

—Explica eso, ¿quieres?

Stivens lo hizo lentamente, y al terminar, ella musitó:

—Estamos lo mismo que antes, Larry.

—Tú sí; pero yo no. Por eso te pido que abandones este apartamento y te largues a un hotel.

—¿Por qué?

—Se han cometido dos asesinatos y puede que tú seas la tercera en morir, Martha —afirmó brutalmente—. Creo que con esa explicación basta, ¿no?

—No para mí. Si no me dices algo mejor...

—Está bien, Mirtha, ya te dije que esa gente, Lon y alguien más,

buscan algo que creen que tengo yo...

—¿Y no es así? —le interrumpió.

—¡No! —hizo una pausa y añadió—: Lo están buscando, y por eso, sabiendo lo que hay entre los dos, sospechan que te lo he dado para que lo guardes, y han registrado tu apartamento dejándolo como ves. Si te hubieran encontrado dentro, habrías acabado como John Merrick, el joyero, y una mujer rubia cuya identidad desconozco. Asesinada, ¿entiendes? ¿Es suficiente para ti?

—¿Tiene que serlo?

Stivens la miró largamente.

—Sí —respondió después.

—Entonces, ¿para qué discutir más?

Se puso en pie y se le acercó. Levantó la hermosa cabeza para mirarle y preguntó:

—Vas a ir a buscarles, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces, Larry, será mucho mejor que sea yo sola la que busque un hotel.

—¿Lo deseas así?

—Sí, claro.

Apenas si fue un susurro, pero Stivens la oyó con perfecta claridad, y no respondió. No podía hacerlo. Por tanto, en el más completo silencio, dio media vuelta, abandonó el apartamento y salió a la calle.

Apenas pisar la acera, dos hombres se colocaron a su lado. Stivens hizo un movimiento de defensa que fue cortado en flor.

—Será mejor que no haga tonterías, Stivens.

Les miró.

A los dos, uno a uno. Luego Una vaga sonrisa se perfiló en su boca de labios finos y crueles.

—¿De la bofia? —preguntó con sarcasmo.

—¿Por qué no es usted un poco más educado, Stivens? —preguntó uno de ellos.

—Tal vez porque no me enseñaron a serlo, polizante —contestó—. ¿De qué se me acusa?

—Por ahora de nada. —Fue la sorprendente respuesta que obtuvo—, pero tendrá que venir con nosotros.

—¿Dónde?

—A dar un paseo. ¿Vamos?

Stivens volvió a lanzarles una mirada, se encogió de hombros y empezó a andar hacia el largo y potente «Pontiac», estacionado unas yardas más allá, cuya matrícula de Nueva York, nada le decía.

Subió en medio de los dos, y a continuación el coche se puso en marcha.

Los minutos empezaron a transcurrir en silencio, por lo que miró por la ventanilla. Y se sorprendió al ver que buscaban la salida de la ciudad por el puente de Brooklyn.

No hizo comentario alguno ni cuando enfilaron la carretera, por dónde corrió por espacio de un par de millas. Hasta que por fin el conductor detuvo el «Pontiac» después de sacarlo de la carretera, y entonces sacó el paquete de cigarrillos, le ofreció uno a cada uno que aceptaron, y esperó.

Repentinamente uno de los dos extrajo del bolsillo una placa que Stivens conocía bien, y se presentó a sí mismo.

—Alf Barris, agente especial del FBI, Stivens —dijo—. Lajos Owen y yo deseamos hablar con usted.

Una vez más, Stivens les miró a los dos.

—Tanto gusto —respondió con perfecta calma, tras unos segundos de silencio—. Y ahora, ¿quieren explicarme qué significa este paseo a la luz de la luna? —Les miró fijamente y añadió—: ¿Y bien...?

Alf Barris fue el que dio la respuesta:

—Queremos hablar con usted, Stivens.

—Correcto. Desembuchen, que quiero acostarme.

—De acuerdo —siguió Barris, al parecer sin inmutarse por la sequedad que había en las palabras de Stivens, mientras que Owen se mantenía en silencio, observándoles alternativamente—. Voy a decirle lo que queremos. ¿Por qué no es un buen chico y nos entrega lo que usted tiene y que nosotros buscamos?

—Si no se explica, me temo que no voy a entenderles. ¿Qué es lo que yo tengo si puedo saberlo?

Barris hizo una mueca y respondió:

—Algo que le quitó a cierta rubia asesinada, Stivens. Una rubia que hace apenas cuarenta y ocho horas abandonó la joyería de Merrick. De John Merrick. Lo entiende ahora, ¿verdad?

—Conozco a muchas rubias, polizonte, y todas por sus nombres.

¿Cómo se llamaba?

El agente especial le miró dubitativo y respondió tras unos segundos de silencio:

—Dora Morris, del CIA. ¿Le dice algo ese nombre, Stivens?

Reprimió un respingo.

—No, nada —respondió suavemente—. Y dígame, ¿cómo sabe que fui yo el hombre que se llevó...? ¿Qué fue lo que se llevó, G-Men?

Los ojos del federal se helaron.

—De esa manera no vamos a ninguna parte, Stivens.

—Ni de ésta ni de ninguna otra. Por lo menos si no habla en cristiano para que le entienda.

Barris guardó silencio unos segundos, al cabo de los cuales respondió:

—Creo que está cometiendo una equivocación, Stivens, al no querer ayudarnos. —Hizo una ligera pausa, tal vez en espera de que dijera algo, y por fin añadió en vista de su silencio—: ¿Qué le parece si el Gobierno de los Estados Unidos se olvida de quién es usted, lo que ha sido, borra su expediente y le busca un trabajo decente donde pueda desenvolverse sin problemas?

—¿A cambio de qué, sabueso?

Fue Owen el que medió ahora en la conversación, lanzando una nada académica maldición:

—Escuche de una vez, Stivens, que no repetiré. Sabemos que esa rubia, Dora Morris, llevaba consigo un portafolios y en su interior unos documentos que son vitales para la defensa de los Estados Unidos, y esos papeles los tiene usted. Lo sabemos.

—¿Cómo está tan seguro de eso, polizonte?

—Por muchas razones. Pero sólo le diré una: sus antecedentes.

—¿Y eso qué tiene que ver para que una agente del CIA piense cualquiera sabe qué y un poco más tarde aparezca asesinada? ¿O es que también la mató yo?

—Es fácil de deducir, Stivens. Durante bastante tiempo ha estado vigilando estrechamente ésta joyería. Ésa es otra de las cosas que también sabemos. Y no pregunte cómo porque eso también es obvio. O debe serlo.

Después de sus palabras, el silencio se espesó en el interior del coche, silencio que rompió el propio Stivens enfrentando a Owen.

—Escuche, sabueso —empezó fríamente—. No sé de qué me está hablando. Ni tampoco lo supe cuando el teniente Donovan me dijo algo de esto... o trató de explicármelo, ¿comprende? Si no me cree, deténgame y acúseme de algo en concreto, y ya veré de rebatirlo en el Departamento Federal o en otra parte cualquiera, si puedo.

—¿Ésa es su última palabra?

Se encogió de hombros mientras que por entre sus delgados y crueles labios aparecía, una vez más, su burlona sonrisa.

—Eso es todo lo que puedo decir, ya que no sé nada más.

—De acuerdo —respondió el federal. Hizo una pausa y añadió, con desgana—: Por el momento nadie va a detenerle a usted, Stivens. Vamos a darle cuerda. Toda la que quiera. Me comprende, ¿verdad? —Se volvió a mirar a Barris y añadió—: Vámonos, Alf.

El coche se puso suavemente en marcha, dio media vuelta y enfíló hacia Nueva York.

Ya en el puente de Brooklyn, Stivens rompió el silencio que reinaba entre los tres.

—Pueden dejarme aquí —dijo.

El coche se acercó al bordillo de la acera y se detuvo. Owen abrió la portezuela para que descendiera y ya sobre la acera, le enfrentó:

—Tenga cuidado con Buchannan y Peters. Es un consejo que le doy para su bien.

Stivens se permitió una nueva sonrisa.

—Continúo sin saber de qué me está hablando,

G-Men

—replicó.

—Ya lo sé... y como lo sé, voy a advertirle algo más. No queremos que encienda una guerra entre esos dos. ¿Está claro?

Stivens asintió con un mudo gesto de cabeza, giró sobre sus talones, dándoles la espalda.

Tres minutos más tarde se encontraba viajando en dirección a la Octava Avenida, sin hacer caso para nada de la advertencia que había recibido de los dos agentes del FBI.

Una vez allí, caminó lentamente por entre el gentío que abarrotaba la acera a pesar de la hora, por espacio de una cuadra, y luego se detuvo frente a la puerta del Manila Club.

Miró al uniformado portero.

No le conocía.

Por lo menos, Lon Peters lo había cambiado, y se preguntó si también habría cambiado a algunos de sus hombres.

Pensó en los dos agentes federales y sonrió.

No tenían, sobre él, seguridad alguna. Eran sólo sospechas, conjeturas que a nada conducían sin prueba alguna, o en aquel momento ya no estaría allí, sino detenido y puesto a disposición del fiscal del distrito.

Sonrió, empujó la puerta y entró en el *night-club*.

No miró a la muchacha que se exhibía en la pista, y eso que debiera haberlo hecho, sino que avanzó rectamente hacia los cortinajes situados al fondo del local, y que daban paso a los camerinos y a la escalera que debería conducirlo al piso alto del salón.

Empezó a subir pensando que Lon se estaba volviendo muy descuidado...

El pasillo también estaba desierto, sin los dos guardaespaldas que siempre había a ambos lados de la puerta que daba acceso al despacho.

Tal vez Lon no se encontraba allí. Tal vez había ido a cualquier parte en compañía de Elmer Buchannan.

Se detuvo frente a aquélla y tras una ligera vacilación pasó la «Luger» de la funda de la axila al bolsillo derecho de la americana, la empujó, y resueltamente cruzó el umbral.

Buchannan estaba allí, sentado en uno de los mullidos sillones, y no se encontraba solo. Detrás de la mesa-despacho, también sentado, permanecía Lon Peters, el hombre que había ido a buscar, y que se puso en pie apenas verle, llevando en los labios una untuosa sonrisa.

—¡Cuernos! —exclamó—. Ya iba siendo hora de que te dejaras caer por aquí.

No respondió.

Tampoco dijo nada cuando Buchannan se puso en pie para enfrentarle. Tan sólo les miraba.

Pensaba.

Al parecer, los dos habían prosperado mucho desde que ocurriera aquello mientras él se pudría en presidio... y era irónico.

Siempre sin responder, se dejó caer en otro de los sillones,

extrajo los cigarrillos, calmosamente encendió uno, en tanto que Peters le miraba con el ceño fruncido violentamente:

Y fue entonces cuando Stivens respondió:

—Francamente no venía a verte a ti, Elmer. Mi visita era para Lon.

Peters intervino en aquel momento, con un par de preguntas:

—¿Por qué? ¿Para qué?

Stivens le dedicó una de sus frecuentes sonrisas.

—Quiero mi parte. Eso es todo, Lon.

—No hay un solo dólar, Larry.

La sonrisa que le dedicaba se volvió fría.

—¿Esperas que crea eso? —preguntó.

—No. Sé que no, pero es así. El robo del National Bank fue un fracaso y tú ya deberías saberlo.

—Simplemente sé una cosa —repuso Stivens—; que me cazaron mientras que los demás escapaban. He se estar pudriéndome durante un año sin que nadie se acordara de mí. Eso, y el no dar el soplo, vale un montón de dólares, y vine por ellos.

CAPÍTULO VII

Lo rompió el propio Peters tras un pequeño compás de espera.

—Estás loco, Stivens —dijo.

—Puede que sí —respondió Stivens, parsimoniosamente—, ya que he venido por cien de los grandes. Tienes, por tanto, veinticuatro horas para buscarlos. Si no lo consigues, puede que me dé una vuelta por el Departamento del FBI, Lon.

Peters maldijo soezmente, se dejó caer en el sillón y estalló:

—¿Qué cuernos quieres que haga, Larry? La banda se deshizo. La deshizo la «bofia» minuto más tarde de que cayeras tú. Ellos se llevaron el botín.

Stivens fumó en silencio durante unos segundos, mientras que Buchanan les observaba desde el fondo del sillón donde se encontraba sentado, con una burlona sonrisa en los labios.

—Sé todo eso, Lon —respondió Stivens con extraña calma—. Sé lo que hizo la policía, pero mi año de cárcel vale cien mil dólares... y en billetes pequeños. Eso es todo, muchacho. ¡Búscalos y te ahorrarás molestias! Tienes tiempo hasta mañana a la noche.

Ninguno de los dos respondió, por el momento.

Peters se limitó a mirarle de pies a cabeza. Su actitud fría y despectiva no le gustaba en modo alguno. Tampoco la mano que mantenía en el interior del bolsillo de la americana.

Se humedeció los labios con la lengua, y ahora sí contestó:

—Te comprendo —dijo—, y porque te comprendo, voy a darte algo, pero no cien de los grandes, Larry. Por otra parte, entre Elmer y yo podemos darte, también, algún trabajo que te convenga. Muchos dólares y poco riesgo. ¿Qué te parece?

Pero estaba pensando en otra cosa y Stivens lo sabía.

La voz de Buchanan interrumpió el hilo de sus pensamientos.

—Lon tiene razón, Larry —empezó—. Tenemos negocios en grande y...

—¡Ya lo sé, Elmer! Sé a lo que os dedicáis ahora.

—¿Qué sa...?

—En prisión se aprenden muchas cosas, aunque creas lo contrario —le interrumpió—. Por tanto, desembucha. ¿Qué queréis de mí?

Buchanan soltó una tenue risita, preguntándose *in mente* si Stivens sabría tanto como afirmaba o sólo era una finta para hacerle confesar la verdad.

—Antes tenemos que hablar de una cosa, Larry.

—¿De la joyería de John Merrick?

—Siempre dije que eras un tipo listo, y que harías carrera tan pronto como salieras de la cárcel.

—Por eso me llamaste, ¿verdad?

—Claro, te necesitamos. El asunto de las joyas es bueno. ¿Dónde están? Porque supongo que no habrás cometido la estupidez de traerlas contigo, ¿verdad?

Stivens no respondió de momento.

Meditaba.

En el pasado; también en el presente. En el robo del National Bank, y en Lon Peters. En cómo se había puesto en contacto con él para que reventara la caja de caudales de la joyería de Merrick. Aceptó, ¿cómo no?, sabiendo como sabía que a partir de aquel momento las cosas iban a deslizarse por los cauces que él quería.

Pero ninguno había contado con la intervención de cierta rubia, y mucho menos con su asesinato. ¿Una trampa?

Podía ser.

—No tengo esas joyas, Lon —afirmó secamente.

Peters se puso en pie de un salto que Buchanan se envaraba sobre el sillón.

—¡Cuernos! —exclamó—. ¿Qué quieres decir?

—Simplemente que alguien se adelantó aquella noche, liquidando a Merrick. ¿O no lees los periódicos?

Lon Peters le miró fijamente antes de responder:

—Sí, lo hago —replicó—, y por tanto creí que lo habías hecho tú. —Le miró fijamente y añadió con sorna—: ¡Claro que lo hiciste, Larry! Apuesto a que liquidaste al viejo y te largaste con las joyas. ¿Dónde las tienes?

—Te dije que...

—En ese caso fue peor —le interrumpió Peters—. Huiste luego de matar al joyero, impulsado por el miedo. Eres un maldito hijo de perra, Larry.

No se movió.

Y por la inmovilidad de roca de su rostro, tanto Buchannan como Peters tuvieron la casi certidumbre de que no le había oído, pero no era así ni mucho menos.

—Estás perdiendo el tiempo, Lon —dijo al cabo de varios segundos de silencio—, ya que tanto la policía como los federales saben que no las tengo yo.

—Explica eso, ¿quieres?

—Lo haré. Entró una rubia, ¿sabes? Una rabia llamada Dora Morris, y se llevó algo, quizá luego de asesinar al joyero. Algo que ahora tengo yo... pero, desde luego, no son las joyas ni mucho menos. Algo que tú o tus hombres, y hablo en hipótesis, ¿entiendes?, están buscando. —Hizo una pausa, y añadió, encarando a Buchannan—: Algo tan importante como para traer de cabeza a la CIA y al FBI juntos.

Peters hizo una mueca, y contestó, cortando en flor la respuesta que Buchannan iba a darle:

—¿Cómo sabes tú eso, Larry?

—Lo mismo que sé muchas cosas más —respondió con sarcasmo—. La cárcel enseña mucho, Lon. Lo mismo que sé que esa Dora Morris fue asesinada y que pertenecía a la CIA. Un asesinato brutal y fuera de lugar, ya que lo que buscaba el asesino no lo tenía ella, sino yo. Lo tengo aún, muchachos.

Peters frunció el ceño en tanto que Buchannan respiraba con dificultad.

Hasta que respondió con una pregunta:

—¿Cómo sabes que ese asesinato no sirvió para nada?

—Podría decirte que por el mismo motivo que tú me ayudaste cuando me encontraba allí, pero no quiero, aunque ahora voy a decirte la verdad. Lo que querías que sacara de la joyería envuelto en las joyas y, en fin, lo que la rubia se llevó de allí, repito una vez más, lo tengo yo.

—¡Cristo, Larry!

—Lo tengo yo —repitió Stevens como en una muletilla—, y para ti vale exactamente un millón de dólares.

En contra de lo que esperaba, el rostro de Peters permaneció inalterable.

—Si quieres que te diga la verdad —respondió tras un breve lapsus de silencio—, no te entiendo, Larry.

Se puso en pie y les enfrentó.

—De acuerdo, Lon —respondió—. Tú no me entiendes. Eso está claro para mí. Ahora escúchame. Tú y ése —añadió, refiriéndose, naturalmente a Buchanan—. No tengo las joyas, no asesiné a Merrick, pero tengo algo que muy bien te puede interesar. Si no a ti, sí a otra persona. —Miró a Buchanan y añadió lentamente—: Quiero esos dólares para mañana noche. Y creo que harás bien en buscarlos dondequiera que estén.

—Pero...

Stivens le interrumpió con un gesto.

—Eso es todo por esta noche.

Dio media vuelta hacia la puerta.

Descendió por la escalera.

Por lo menos, esto fue lo que intentó hacer, pero no llegó abajo.

En la pista, bailando una danza de los mares del Sur, vistiendo una extraña mosquitera de transparente nylon azul, estaba la muchacha que encontrara en el apartamento de Mirtha O'Hara.

Stivens se inmovilizó y por espacio de varios segundos, como fascinado, estuvo contemplando aquel maravilloso cuerpo de mujer, apenas cubierto, y las magníficas piernas desnudas, notando cómo su pulso se aceleraba. Después se escurrió materialmente hasta alcanzar el local y buscó uno de los oscuros rincones.

Unos de los camareros se la acercó. Stivens pidió *whisky*.

—¿Algo más?

Stivens le miró suspicaz.

—Se refiere a si deseo compañía, ¿verdad?

El *barman* asintió en silencio.

—Correcto —respondió—. Busque una chica que no esté mal.

No tardó en venir.

Stivens la invitó a beber, y luego permanecieron juntos durante más de una hora, al término de la cual ella se mostró extrañada de que éste, después de abonar la cuenta, abandonara precipitadamente su compañía.

Salió a la calle.

Por delante de él caminaba la exuberante rubia que dijera llamarse Dora. La vio detenerse junto al coche, cómo empezaba a abrir la portezuela, y se acercó de una zancada antes de que terminara de hacerlo.

—Será mucho mejor que subamos los dos tranquilamente, Dora, pequeña —dijo fríamente al llegar a su lado.

Los blancos hombros de ella se estremecieron ligeramente. Se volvió, le lanzó una larga mirada y bajó los ojos hacia el bolsillo de la trinchera. Entonces le sonrió.

—¡Ah! ¿Es usted? —dijo, sorprendiéndole.

—Así es. Por lo visto volvemos a vernos. Vamos, entra en el coche y llévame donde tú vayas. Quiero hablar contigo. —La tuteó.

«Color caoba» continuó sonriendo, al parecer sin inmutarse por el tuteo de Stivens.

—De acuerdo, sube —respondió, devolviéndoselo.

Entró la primera, colocándose frente al volante y esperó a que Stivens se instalara a su lado.

Los blancos hombros de ella se estremecieron ligeramente. Se volvió, le lanzó una larga mirada y bajó los ojos hacia el bolsillo de la trinchera. Entonces le sonrió.

—¡Ah! ¿Es usted? —dijo, sorprendiéndole.

—Bien —dijo—. ¿Dónde te llevo?

—Donde tú vayas.

—A mi apartamento.

—Correcto, iremos allí.

—¿Para quedarte conmigo?

Stivens hizo una mueca.

—No es eso lo que quiero, pequeña.

—¡Ah! ¿No?

No respondió, por lo que a partir de aquel momento ninguno de los dos pronunció otra palabra hasta que ella detuvo el «Cadillac» frente al número 1080 de Riverside Drive.

—Vamos, pequeña —dijo, prendiéndola por un brazo y tirando de ella—. Tú y yo vamos a hablar. Después puede que te rompa un hueso o puede que te bese.

—¡Es usted un...! —masculló ella, entre dientes.

Pero le siguió hasta el *living*, donde Stivens la llevó sin pronunciar una sola palabra.

—Siéntate, querida. —Y la empujó contra uno de los sillones, donde se desplomó pesadamente, con las largas piernas completamente al descubierto.

A pesar del golpe, ella preguntó suavemente, sorprendiéndole una vez más:

—Bien, Larry, ¿qué es lo que quieres?

Stivens dudó unos segundos, y por fin inquirió:

—¿Cómo te llamas, querida? No me digas que Dora Morris, porque ya está muerta. La asesinaron... Y puede que tú ya lo sepas, ¿no?

Nada en el bello semblante de la muchacha le dijo si había acertado o no.

—No te entiendo, Larry. ¿Quién te ha dicho que yo me llamo Dora, querido? Mi nombre es Jennifer Callender. Jenny para los amigos, y tú lo eres, ¿verdad?

—¿Qué buscabas en el apartamento de Mirtha O'Hara, querida?

Jenny entrecerró los ojos antes de responder:

—Vuelvo a repetirte que no te entiendo, Larry. Que no sé de qué me estás hablando.

Sin pronunciar otra palabra, Stivens se puso en pie y ella pudo ver el brillo peligroso que ahora había en sus ojos.

Avanzó unos pasos, y frente a él, Jenny se inmovilizó.

Y continuó sin hacer un solo ademán cuando se detuvo frente a ella, rozando con el pantalón sus bien torneadas rodillas.

—¿No, eh? —replicó—. Pues escucha, estoy esperando otra clase de respuesta. Lo entiendes, ¿verdad? Vamos, desembucha o...

—¿Qué...? —interrumpió Jenny, fríamente.

Stivens rió silenciosamente, y Jenny se estremeció al conjuro de su risa.

—Creo que te partiré la boca si no respondes, Jenny —contestó.

Ella se puso en pie.

—¿De veras? —preguntó—. Pues no pienso hacerlo. Yo nunca estuve en casa de esa... ¿Cómo dijiste que se llamaba? ¿Mirtha O'Hara?

Stivens no vaciló; dio el paso que le faltaba y a continuación disparó el brazo.

Con la minifalda por la cintura, Jenny volteó al otro lado del sillón donde se sentaba, y Stivens fue tras ella, temiendo que sacara

una automática de entre los senos, ponía por caso.

Inverosímil por supuesto.

Pero ella se llevó las manos a los senos, y no fue para nada de aquello, sino porque Stivens se le venía encima sin contemplaciones de ninguna clase. Y no llegó a tocarla. Por lo menos no del modo que suponía, ya que Jenny, apenas si le tuvo a su lado, llevó las manos a su cuello y aplastó los labios contra los suyos.

Durante unos segundos, Stivens vaciló, luchando contra sí mismo y contra ella, y perdió.

Cuando se separaron había transcurrido ya mucho tiempo.

Mirándola ahora, ovillada en el suelo, observándole a su vez por entre las entornadas pestañas rubias, suelta la hermosa mata de pelo, convertida en una maraña, fue a sentarse en uno de los sillones, y esperó, sin saber, en realidad, lo que iba a ocurrir a continuación.

Siguió mirándola hasta que Jenny se puso en pie, yendo a sentarse en el sofá donde se arregló el desaliño de la ropa y el pelo.

Y después preguntó con los ojos brillantes:

—¿Satisfecho, Larry?

Respondió, encendiendo un cigarrillo:

—Quiero que me digas a qué fuiste a casa de Mirtha. Quiero, también, que me digas por qué me engañaste allí.

Como primera respuesta, Jenny se llevó la mano a la mejilla castigada, cabalgó una pierna sobre la otra, y dijo:

—Ya te di mi respuesta, Larry. Por tanto, no puedo añadir nada más.

Stivens dio un paso hacia ella y Jenny, consciente del poder que tenía sobre él, levantó la cabeza y le ofreció los entreabiertos labios. Pero se equivocó ya que Stivens permaneció observándola fríamente hasta que contestó:

—No voy a preguntarte más, muchacha. Voy a limitarme a escuchar tus palabras, ¿comprendes?

Ella se removió inquieta en el sofá.

—Te he dicho todo cuanto sabía; todo cuanto podía...

La bofetada la alcanzó en el otro lado de la cara, lanzándola contra el respaldo del sofá, interrumpiéndola.

De nuevo hecha un ovillo, Jenny le miró fijamente.

—¡Perro! —masculló entre dientes.

Stivens la abofeteó un par de veces más.

—Habla —dijo fríamente. Habla o voy a sacarte el pellejo a tiras.

Y se acercó más, prendiéndola por el cuello, llevando una extraña luz en los ojos.

—Suél... Suélta... me, Larry. Te... Te lo diré...

Stivens lo hizo y retrocedió un paso.

—Estoy esperando —dijo con voz ronca.

—Fui a buscar una cosa, pero no la encontré.

—¿Qué cosa?

Jenny hizo una mueca.

—Eso lo sabes lo mismo que yo, Larry.

—¿Por qué?

—Por la sencilla razón de que fuiste tú quien te lo llevaste del portafolios de Dora Morris.

—¿La conocías?

Jenny repitió la mueca.

—¿Y quién no? —preguntó a su vez.

—Yo mismo era uno de los que no la conocían. Y respecto a lo de antes, ¿cómo sabes que yo me llevé lo que estás buscando?

—Puedo darte muchas razones, Larry —repuso ella—, pero sólo te diré una. Te han visto durante días rondando la joyería Merrick.

—Seguro que es así. Y ahora espero que me digas que fui yo el que mató al viejo, ¿no?

—Te equivocas. Sé que tú no lo hiciste.

—¿No...?

—Seguro. Tú no trabajas así, querido. Me consta.

Stivens fue a preguntarle por qué estaba tan segura de aquello, pero no lo hizo, sino que preguntó por algo muy distinto:

—¿Quién te ayudó a destrozar el apartamento de Mirtha, muchacha?

—¿Qué quieres decir?

—Contando con que no fueras tú, alguien se entretuvo en destrozar todos los muebles, buscando algo.

Jenny le miró pensativa, frunciendo el ceño.

—No lo comprendo, Larry —replicó—. Confieso que me sentí satisfecha cuando te fuiste. Incluso me reí al ver el poco trabajo que me había costado deshacerme de ti, y por tanto, tan pronto como te

fuiste empecé a registrarlo todo, pero no encontré nada. Y dejé las cosas en su sitio, aunque tú no lo creas. El apartamento quedó como si nadie hubiera entrado en él, porque yo sé cómo hacerlo, ¿comprendes?

No, aquello no lo entendía, pero aquella opinión la guardó para sí mismo, y por tanto, formuló una nueva pregunta:

—Dime, ¿no sería Elmer Buchannan el que mandó registrar el apartamento haciéndote seguir por uno de sus gorilas?

Soltando Un respingo, Jenny respondió:

—¡Estás loco, Larry! Buchannan es sólo un empresario y nada más.

—¿De verdad? ¡Pues nadie lo diría, querida! —contestó Stivens con sorna—. ¿Y sabes por qué? Porque estás enterado de muchas cosas. Tantas, que me estoy preguntando si tú habrías tenido parte en la muerte del joyero y Dora.

—¿Pero qué cuernos...?

—Nada de eso, preciosa. O si no, ¿cómo explicas tu conocimiento de Mirtha O'Hara, y lo que ella ha representado siempre para mí?

La repentina carcajada de Jenny le interrumpió.

CAPÍTULO VIII

Luego siguieron unos cuantos segundos de silencio que ella rompió.

—Míster Buchannan conoce a Joe Duncan, y Duncan es el dueño del local donde actúa Mirtha. En cierta ocasión que yo me encontraba indispuesta, Buchannan se las arregló para que Mirtha actuara un par de veces en el club. Fue allí donde entablamos alguna amistad, y ella me habló de ti, del amor que te tenía, y de cómo se sentía por tu culpa, ya que tu profesión... es... Bueno, eso también lo sabes. ¿Cuál será tu próximo golpe?

Stivens la miró burlonamente y respondió en el mismo tono:

—Eso va a depender de ti, muchacha, ya que el próximo puedes escribirlo tú.

Jenny no respondió, pero sus ojos chispearon.

—¿Qué sabes de un hombre llamado Lon Peters? —inquirió de nuevo.

Ella no vaciló en responder:

—Son socios.

—¿Eso es lo que sabes de él?

Por primera vez y a pesar de las bofetadas recibidas, Jenny inició una sonrisa.

—También sé que es el hombre que robó el National Bank hace unos meses. Un año o más. El hombre que según noticias te delató a ti, y tú pagaste por ellos.

Pero Stivens sabía que aquello no correspondía a la más estricta verdad y por tanto trató de sonsacarla.

—Buchannan dijo que la policía terminó con la banda y que el botín se perdió. En fin, que los quinientos mil dólares se recuperaron.

Jenny sonrió levemente.

De nuevo cabalgó una de sus magníficas piernas sobre la otra y

Stivens supo que la combinación era negra, y le gustó.

—Sí, por lo menos eso es lo que se dice, ¿no?

Stivens no respondió.

Ahora pensaba.

En Mirtha, en ella, en Elmer Buchannan y algunas otras cosas más. Hasta que por fin, mirándole a los ojos, preguntó:

—Dime, ¿por qué buscas eso que Dora llevaba en el portafolios?

Jennifer guardó silencio por espacio de unos segundos, y cuando respondió lo hizo preguntando a su vez:

—De modo que lo tienes tú, ¿verdad?

Stivens le dedicó una sucia sonrisa.

—Efectivamente —afirmó—. ¿Por qué? ¿Es que piensas asesinarme también para recuperarlo?

Antes de que Jenny diera la respuesta, un extraño silencio se apoderó de los dos. Un silencio que ahora no duró segundos sino minutos. Finalmente, fue la propia Jenny la que lo rompió, con una pregunta más:

—¿Cuánto quieres por ese...?

—Nada, Jenny. No sé por qué, pero me parece que con eso en mis manos... es... es la garantía de lo que yo pueda hacer de ahora en adelante.

Por tercera vez, ella frunció el ceño.

—Sí, es posible —vaciló un poco y añadió—: Oye, Larry, soy rica, ¿comprendes? Lo soy a pesar de exhibirme desnuda en la pista del club. Puedo darte lo que me pidas. Incluyo yo misma, y a pesar de Mirtha. Dámelo y te convertirás en el hombre más rico y más feliz de Estados Unidos.

Permaneció mirándola fijamente, se recostó contra el respaldo del sillón, le dedicó una burlona sonrisa, una de sus sonrisas, y respondió:

—Eres una mujer muy hermosa, Jenny. Tanto o más que Mirtha. Una mujer por la que cualquier hombre perdería la cabeza como yo la perdí hace unos momentos. Como la volveré a perder si así lo deseas. Pero ¿para qué lo quieres? ¿Quién te paga?

Jenny no se movió. Sabía que en aquel instante, hiciera lo que hiciese, él permanecería frío e impenetrable ante sus innegables encantos. Ante sus caricias y besos. Por eso se limitó a contestar:

—Te sorprenderías si te lo dijera, Larry.

Stivens se puso en pie.

—Tal vez lleguemos a un acuerdo —dijo—. Por tanto, volveremos a vernos. Quizá este mediodía. Entretanto, si te interesa, puedes ponerte en contacto con el que te paga y decirle que quiero hablar directamente con él.

—¿Para qué si yo misma puedo llevar todo el asunto, Larry?

—Eso no te importa, querida —sonrió, yendo a la puerta del living—. *Quiero eso, y también a ti, si me comprendes.*

Sin responder, Jenny fue tras él, y cuando Stivens ponía la mano sobre el tirador, lo dijo:

—Nadie me paga, Larry, ¿entiendes? Nadie. De modo que podemos hablar tú y yo, cuando lo desees.

—Procuraré verte dentro de unas horas. ¿Dónde?

Jenny dio otro paso y le prendió por las solapas de la americana, acercándose tanto que Stivens notó el tibio calor de su cuerpo contra el suyo.

Le ofreció los labios, y allí, junto a la puerta, ambos permanecieron estrechamente abrazados por espacio de un par de minutos.

Cuando se separaron, Stivens vio la agitación de unos pechos y el brillo de sus ojos y durante unos instantes vaciló ante la invitación que había en ellos, hasta que de un modo repentino giró sobre sus tacones y se alejó.

Cruzaba el umbral cuando Jerry dijo a su espalda:

—Sabes que puedes quedarte... si lo deseas, Larry, ¿comprendes?

Se detuvo y se volvió enfrentándola.

—¿Contigo?

—Mi habitación es un sueño, Larry. ¿Quieres verla?

No respondió.

Una vez más se volvió en redondo y también una vez más se alejó, sin volver la cabeza y sin que ella le llamara otra vez.

En la calle, sus pensamientos fueron a Mirtha. Mirtha que se había despedido de él sin querer decirle adónde se iba a alojar. ¿Por qué?

¿Por lo que le había dicho? ¿Era ésa la verdadera razón o había algo más?

Continuó andando sin dejar de pensar, con los ojos fijos en el

casi nulo tráfico de aquella hora, recordando de paso al teniente Jeff Donovan del Departamento de Homicidios.

Y a Buchannan y Peters.

Todos, incluso Jennifer sabían que aquello lo tenía él, si no sobre su persona, sí oculto en cualquier parte.

Recordando la muerte del joyero, el asesinato de la muchacha del CIA. Una buena chica hasta que la mataron.

Dándole vueltas y más vueltas a los nombres de Buchannan y Peters, barajándolos en su mente, como si se tratara de un mazo de naipes, en el cual, después de barajarlos una y otra vez, a la hora de «cortar», sacara siempre el mismo.

No importa cuál, pero era siempre el mismo.

Un millón de dólares. Un buen pellizco a fe suya, pero ni Peters ni Buchannan pagarían aquella fabulosa cantidad. No abonarían ni un solo centavo por aquello... como no fuera en plomo.

De eso, Stivens estaba completamente seguro.

Volvió a pensar en Jenny.

Una hermosa muchacha que no vacilaba en dejarse seducir carnalmente para conseguir lo que deseaba. Una muchacha que muy bien podía haber asesinado al joyero y a Dora Morris del CIA, pero aquello no importaba ahora.

Ninguno de los dos asesinatos importaban. No a él Sólo la identidad del hombre o mujer que pagaba a la muchacha de un modo tan fabuloso que la obligaba a hacer todo aquello con el fin de conseguir cualquier medio que se propusiera.

¿La asesina?

Todo parecía indicarlo así, pero no importaba cómo ya pensara con anterioridad. No, nada importaba. Sólo el contacto, el hombre o mujer que pagaría por todo aquello una cifra fabulosa.

Lo demás...

Stivens se encogió de hombros al llegar a este punto de sus pensamientos y una vez más apareció por entre sus delgados labios aquella burlona sonrisa que le caracterizaba.

Su apartamento, y a dormir... si podía.

Y en aquel último pensamiento no influía para nada el recuerdo de Jenny ni su proposición final.

Detuvo el taxi, subió, dio la dirección, se recostó contra el respaldo del asiento y cerró los ojos.

Mirtha era agradable y cariñosa. Mirtha era... Pero aquella noche no la tendría entre sus brazos como la tuvo tantas y tantas otras.

No, nada importaba, ni siquiera el hecho de que Peters y Buchanan trataran de eliminarle por todos los medios después de aquello.

Frente a la puerta de su apartamento, Stivens consultó el reloj.

La una y treinta y siete minutos.

La mejor para irse a dormir.

Pero no le dejaron.

Stivens lo supo nada más llegar a su apartamento, ya que Mirtha se encontraba allí y no sola.

Vio la luz filtrándose por debajo de la puerta que daba acceso al *living* y se acercó con la mano pegada a la culata de la «Luger».

La abrió.

Mirtha contuvo el aliento, se puso en pie, finalmente abrió la boca para decir algo, pero no pudo porque el teniente Donovan se adelantó a sus deseos.

—Hace mucho que le estoy esperando, Stivens. Tanto que ya temí que no volvería.

Stivens arqueó unas ceja, mientras avanzaba hasta el centro del *living*, donde se detuvo con los ojos fijos en los del teniente. Ojos que luego, a los pocos segundos, desvió hacia la muchacha, de allí a las maletas que había en el suelo, y que finalmente volvió a clavar en los del policía.

Fue entonces cuando respondió, también con una pregunta:

—¿Por qué creía que no volvería a mi apartamento, polizante?

—Creí que sospecharía que venía a detenerle.

Stivens arqueó una ceja, sonrió, ¿cómo no?, e inquirió:

—¿Acaso es así, sabueso?

—Seguro. Le tengo ganas y usted lo sabe, ¿verdad? Vamos. No se resista y...

Stivens le interrumpió:

—¿Acusado de qué, teniente?

Donovan le dedicó una fría mueca.

—De un asesinato, Stivens, y eso es el final para usted. Del asesinato de *miss* Dora Morris, agente especial del CIA. Luego, más adelante, puede que trate de cargarle también el de ese joyero. El

de John Merrick.

Sin perder la calma, Stivens preguntó:

—¿Ha bebido mucho antes de venir aquí, teniente, o le ofuscó el sentido las piernas de Mirtha? Son preciosas, ¿no?

Mirtha enrojeció cuando Stivens estaba convencido de que jamás enrojecería, de que nada ni nadie la haría enrojecer. Luego soltó una exclamación, fue a decir algo más, pero Donovan se adelantó a sus deseos.

—Es mejor que me entregue el arma, Stivens —dijo fríamente—. Le estoy apuntando a usted.

Era cierto.

Hasta el más lerdo hubiera comprendido que decía la verdad. En pie frente a él, con las piernas ligeramente abiertas a compás, sonriendo con suficiencia mientras que sus ojos brillaban llenos de satisfacción, y la mano derecha introducida en el bolsillo de la americana, lo indicaban así.

La mente de Stivens empezó a trabajar a marchas forzadas.

—¿Tiene pruebas de lo que dice, teniente? —preguntó—. Si no es así...

—¡Claro que las tengo! Sus huellas digitales que mis hombres encontraron en el apartamento de la chica. Vamos; Stivens, ahora está lis...

Aún después de mucho tiempo, Stivens no supo por qué lo hizo.

Simplemente fue que de un modo repentino se vio dando un paso hacia él, luego alargó la mano, tomó al teniente Donovan por la muñeca y éste saltó por encima de su hombro, dando una completa vuelta de campana unos segundos antes de estrellarse contra la pared opuesta del *living*.

Allí se deslizó hasta el suelo y ya no se movió.

Siempre frío, impenetrable, Stivens se envolvió enfrentándola.

—Ahora me voy, pequeña —dijo—. Espero que nos veamos muy pronto.

—¡Larry! Te... Te estaré esperando.

Pero Stivens no la escuchaba. Dio media vuelta y avanzó hacia la puerta de salida sin volver la vista atrás.

A su espalda, Mirtha vaciló unos segundos y luego corrió tras sus pasos. Le alcanzó en el oscuro pasillo y le prendió de un brazo haciéndole girar en redondo. Entonces le enlazó los brazos al cuello.

—¡Oh, Larry, amor! Larry...

Se abrazaron y el tiempo transcurrió velozmente sin que ninguno de los dos lo notara. Cuando se separaron, un minuto más tarde, de los dos, fue la propia Mirtha la que rompió el silencio con voz ronca:

—Vete ahora, Larry, querido. Pero telefonéame pronto... Estaré impaciente...

Stivens no respondió hasta que se encontró junto a la puerta que daba acceso a la escalera.

—Lo haré, muchacha —dijo—. Entretanto, tú puedes quedarte aquí, si lo deseas.

—Vine para eso, Larry, para quedarme. Contigo, ¿lo comprendes?

Cruzó el umbral y sin mirar hacia atrás alcanzó la calle.

Sobre la acera se preguntó adónde ir a aquella hora.

El teniente Donovan no tardaría en despertar de su forzado sueño... y entonces empezaría la caza. La verdadera caza del hombre.

¿Adónde ir?

Era una pregunta que le martilleaba el cerebro cuando empezó a andar por la acera, mirando a todos lados, tratando de descubrir si alguien le seguía o no. Paso a paso, sin atreverse a tomar un taxi, sabiendo que aquello no era posible... que de hacerlo, sería una pista demasiado clara para el teniente y sus sabuesos.

Repentinamente recordó a Jenny con sus caricias y besos de fuego, y aquello le hizo pensar en Mirtha, pero Mirtha se encontraba ahora cerca del teniente Donovan.

Eran las cuatro y treinta y dos minutos de la madrugada cuando tomó el Metro hacia aquella dirección, diciéndose a sí mismo que lo mismo daba una cosa que otra por aquella noche.

Jenny misma le abrió la puerta, y sin pronunciar palabra se apartó a un lado para dejarle pasar.

La combinación con que se envolvía ya no era negra, sino rosa, y a Stivens se le antojó aún mucho más hermosa, más deseable que cuando horas antes la tuvo en sus brazos, pero no lo especificó.

Siguió por el pasillo hacia el *living*, oyendo cómo ella cerraba la puerta a su espalda y a continuación su grácil taconeó cuando empezó a andar detrás de él.

Se enfrentaron allí, mirándose a los ojos, sin pronunciar una sola palabra hasta que de un modo repentino ambos cayeron el uno en los brazos del otro.

Luego, cuando se separaron, fue ella la que dijo:

—Confieso que no te esperaba tan pronto, Larry. ¿Qué fue lo que ocurrió?

Fue a contestar, pero no pudo. Después de su pregunta, como si luego de formularla hubiera perdido todo interés por la respuesta, con un ligero grito, Jenny volvió a caer entre sus brazos, pero ahora fue en forma definitiva.

—El desayuno está en la mesa, Larry.

Eran las nueve de la mañana cuando Jenny se separó de los brazos de Stivens y las diez y veinte cuando le pasó el aviso mientras él se duchaba.

Ambos desayunaron en el más completo silencio hasta que casi terminado éste, Jenny lo rompió con una pregunta:

—¿Qué piensas hacer ahora?

Stivens la miró por encima del borde de la taza del café con leche que se llevaba a los labios y respondió tan pronto como dejó de beber:

—Eso es algo que aún no sé, y te estoy diciendo la verdad.

Ella sonrió.

Es decir, sonreía toda ella; sus ojos y su boca... todo en ella sonreía.

—No irás a irte, ¿verdad?

—Tengo que salir de aquí como sea, Jenny, y tú lo sabes.

—¿Por qué? Ahora estás en tu casa y sabes que puedes quedarte todo el tiempo que desees... Todo... nuestro tiempo. Siempre, Larry, ¿comprendes?

—¿Por qué?

Jenny abrió mucho los ojos, en el colmo del asombro.

—¿Y eres tú el que, lo pregunta? Después... de pasar la noche... Por favor, Larry. No salgas fuera en todo el día. Es mucho mejor que yo... yo te diga todo lo que hay fuera.

Stivens vaciló antes de formular la siguiente pregunta:

—¿Vas a ayudarme, Jennifer?

—Eso es algo que aún no sé —fue la desconcertante respuesta que obtuvo—. Por lo pronto voy a traerte todos los periódicos que

encuentre. Luego... hablaremos tú y yo. —Hizo una pausa y añadió, enrojeciendo un poco—: Hasta ahora sólo nos hemos hecho el amor...

—¿Hay algo mejor?

—No. Desde luego, no. Pero no volverá a ocurrir ni una sola vez, hasta que tú y yo no nos pongamos de acuerdo. ¿Algo más, Larry?

Stivens podía afirmar que sí, que había muchas cosas que decir, pero de tantas no dijo ninguna. Simplemente se limitó a responder:

—Haz lo que quieras, querida.

Ya no hablaron más hasta que, terminado el desayuno, Jenny se puso en pie. Dijo:

—Voy a arreglarme un poco, Larry. Entretanto, puedes descansar. Pero sólo hasta que vuelva.

Comprendía aquel deseo. Todavía llevaba puesta la combinación, ahora completamente arrugada, y su maravilloso pelo color caoba era una verdadera maraña.

Una vez solo, Stivens recordó a Mirtha. A Mirtha y a Jenny. Ambas, por un motivo u otro le habían ayudado en sus momentos de apuro, con sus besos y caricias, con su entrega.

Sonrió al recordarlo, pero cosa extraña, en su sonrisa de ahora no había la burlona alegría que le caracterizaba.

Jenny sí sonreía, con los ojos y con la boca, donde había una promesa, una nueva promesa cuando le enfrentó media hora más tarde, ya vestida de calle.

No obstante, Stivens fue el primero que habló de los dos.

—¿Cuándo volverás? —preguntó.

—No antes de la noche. No olvides que tengo que actuar en el club.

—Confieso que ese club es bastante caro, pero merece la pena ir solo por contemplar a mujeres como tú y tus piernas. Fascinas, Jenny. Lo sabías, ¿verdad?

—Pero... ¡Larry, qué callado te lo tenías! —consultó el reloj de pulsera y añadió—: Bueno, me marchó.

Stivens la acompañó a la puerta, dejó que le besara y correspondió a la caricia, cerró a espalda de ella, fue a la ducha, y una vez vestido examinó la carga de la «Luger» y de nuevo empezó a pensar.

Tenía que hacer muchas cosas; tenía que arriesgarse a pesar de

la policía, a pesar del teniente Donovan. Te nía, en fin, que ver, ante todo, si la joyería de John Merrick estaba abierta al público.

Peters y Buchanan podían esperar... aunque no mucho.

Sin dejar de meditar se recostó contra el respaldo del Sillón y cerró los ojos.

Se durmió; pero su sueño fue intranquilo y lleno de pesadillas.

Horas más tarde le despertó el suave girar de la llave en el interior de la cerradura y se puso en pie de un salto.

Jenny le encontró en el centro del *living*, y *tras una ligera vacilación, sin pronunciar palabra, se precipitó entre sus brazos para separarse de ellos un largo minuto más tarde, jadeando y con las mejillas arrojadas.*

Fue entonces cuando le tendió un par de periódicos.

—Viene en primera página, Larry —dijo fríamente—. Por lo que creo oportuno que no salgas de aquí en unos días. Nadie vendrá a buscarte en este apartamento.

Stivens no respondió. Con los periódicos en la mano se dejó caer sobre el sillón que ocupara con anterioridad, y abrió el primero de ellos.

CAPÍTULO IX

Jenny llevaba razón. Había una fotografía, y algo más. En síntesis se decía que era un expresidiario, y que ahora estaba acusado del asesinato de una mujer... y que la policía le seguía la pista de cerca. Resumía los motivos por los que había asesinado a Dona Morris, pero no mencionaba la clase de documentos que le había quitado, ni tampoco la conexión que todo aquello pudiera tener con la joyería o con un joyero llamado John Merrick, pero sí explicaban todo lo ocurrido entre el teniente Donovan, de Homicidios, en presencia de su amante Mirtha O'Hara.

Sonrió sin ganas cuando empezó a leer la descripción que daban de él, comprendiendo que después de publicada su fotografía, aquello poco o nada importaba.

Levantó los ojos del papel y los clavó en los serios de Jennifer.

—¿Crees que lo hice yo? —preguntó.

—La respuesta a esa misma pregunta ya te la di en cierta ocasión, Larry.

—¿Y tú, Jenny? ¿Fuiste tú...?

—A eso también te respondí, y con la verdad.

Ella le dedicó una sonrisa.

—Debo irme, Larry. Al club, ¿comprendes? Luego, cuando regrese, puede que tú y yo tengamos una explicación de todo esto. Entonces te pediré que me entregues eso a mí. Es decir, si logro convencerte con mi historia.

—¿Y tirar por la ventana un montón de dólares? ¡Tú no estás bien de la cabeza, Jenny!

—¡Larry!

—¡Cuernos, muchacha! ¿Acaso me tomas por un imbécil?

Jenny le miró fijamente, dio media vuelta y se alejó hacia la puerta diciendo:

—Me das lástima, Larry.

Stivens lanzó una maldición, pero ella ya no se encontraba en el interior del *living*.

En pie, en el centro de la estancia, permaneció hasta que la oyó cerrar la puerta. Luego esperó por espacio de varios minutos y, finalmente, abandonando la trinchera en el apartamento, salió a la calle.

Desde la acera, con la automática en la funda de la axila, se dijo a sí mismo que la muchacha llevaba mucha razón al afirmar que la policía jamás llegaría a sospechar que ella, una bailarina del Manila Club, que se exhibía desnuda en la encerada pista, le tenía en su apartamento.

Una vez más tomó el *subway en dirección a la joyería Merrick*.

Pegado a las fachadas de hormigón, levantado el cuello de la americana y el ala del sombrero sobre los ojos, Stivens avanzó un poco. Pero en contra de lo que esperaba, la joyería no estaba vigilada por la policía.

Se acercó a uno de los escaparates.

Durante más de un largo minuto estuvo frente a éste, al parecer ensimismado en la contemplación del mismo, pero, en realidad, examinando el interior de la tienda, vacía completamente a aquella hora del anochecer.

Hasta que se decidió a entrar.

Detrás de los tres largos mostradores no había nadie. Por lo visto, el personal se encontraba en el interior de la tienda.

Se acercó al mostrador que tenía frente a él, y al segundo siguiente supo que estaba equivocado.

La mujer era pelirroja, de grandes y rasgados ojos verdes, que le miraron con un poco de recelo.

Más que una mujer, a pesar de sus formas definitivas, detonantes, era una muchacha, una deliciosa muchachita de no más de diecinueve años.

—Buenas... —saludó—. ¿Ya ha terminado con las ventas de hoy?

El recelo que había en sus ojos se acentuó.

—Sí, así es —repuso a pesar de aquello—. Ahora voy a cerrar. Pero si quiere...

Stivens la interrumpió con un gesto.

—No voy a comprar nada —dijo—. Sólo quiero hablar con

usted.

—¿Conmigo? ¿Para qué?

Stivens esbozó una sonrisa.

—Policía, querida —respondió.

Ella arqueó una de sus pelirrojas cejas.

—Creí que ya me lo habían preguntado todo, agente.

¿O tal vez inspector?

Stivens disimuló una sonrisa antes de responder:

—Teniente Jeff Donovan del Departamento de Homicidios.

¿Podemos pasar a la trastienda?

Ella le lanzó una larga mirada antes de responder:

—Permítame que cierre la puerta, teniente.

Stivens asintió en silencio, ello lo hizo y luego se volvió a mirarla.

—Sígame, por favor.

Pasó por su lado, sin mirarle, cruzó el umbral de la puertecilla, que daba acceso al lugar indicado, seguida por Stivens que pisaba sus talones, comparándola mentalmente con Mirtha y Jenny, y ya en el interior, se volvió hasta enfrentarle, y se vio frente al corto y feo cañón de una automática de mediano calibre que le apuntaba si pecho, sostenida por una mano demasiado firme para su gusto.

—¿Qué significa esto, pelirroja? —preguntó, aun sabiendo de antemano la respuesta que iba a recibir.

Ella sonrió, pero su sonrisa no le gustó en modo alguno.

—Ahora se lo diré... Pero antes deseo que se siente ahí y que no se mueva o le mataré, Stivens —replicó secamente—. Y tenga cuidado, porque no me voy a dejar sorprender por un tipo como usted. Por un asesino ladrón. ¡Vamos, siéntese!

—Escuche...

—Siéntese o terminaré con usted, Stivens. Estoy deseando hacerlo, ¿comprende?

Lo hizo, y la miró a los ojos desde las profundidades del sillón, calculando posibilidades, pero no había ninguna.

—Bien... —sonrió—. ¿Quiere decirme quién es usted?

—¿Por qué no? —preguntó ella a su vez—. Me llamo Vera Merrick. Es suficiente, ¿no? Decididamente lo era.

Pensaba en aquello cuando Vera empezó a retroceder hacia una mesita adosada a la pared, en cuyo centro descansaba un blanco

teléfono de mesa. Sin dejar de observarle, cubriéndole siempre con el cañón de la automática que empuñaba, la vio levantar el auricular, depositarlo sobre la mesa, y empezar a discar, sirviéndose de una sola mano. La interrumpió:

—¿Está llamando a la policía?

—Sí, así es.

—Y cometerá un error, querida.

Ella dejó el disco y nuevamente arqueó una ceja.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Acaso no es usted Larry Stivens, atracador y asesino?

—¿Serviría de algo si le dijera que no?

Ella sonrió, pero su sonrisa era a todas luces forzada.

—No, no le creería, Stivens. —Rodeó la mesa y cuando le tuvo frente a sí misma añadió—: No se mueva, ¿comprende? No lo haga o le mataré, y no le miento si le digo que estoy deseando hacerlo.

Mirándola a los ojos, Stivens supo que lo haría a la menor oportunidad, y a pesar de todo la disculpó porque la comprendía.

—¿Por qué no me escucha unos minutos antes de llamar a los perros, miss Merrick? —inquirió.

—¿Ya no niega que es Stivens?

—¿Serviría de algo si lo hiciera?

—No; me temo que no.

—Entonces, ¿por qué no me escucha?

Ella se encogió levemente de hombros.

—No sé lo que quiere pero lo haré. Vamos, empiece; ¿a qué ha venido aquí?

—Ya se lo dije; deseo hablar con usted.

—¿De qué?

—De su padre.

—¡Usted le mató, maldito hijo de perra!

—Eso no se ha probado ni se probará, querida —la interrumpió sin inmutarse por el insulto—. Vamos, ¿por qué no deja de comportarse como una estúpida y hablamos claro de una vez?

—¿Qué quiere saber de él?

Stivens vaciló.

Deseaba, ante todo, formularle una pregunta, pero también sabía que por el momento era mejor dejarla.

Lo hizo así.

—Muy poco, *miss Merrick* —contestó—. Simplemente si tenía muchos amigos. Si había alguno que fuera íntimo para él.

Vera frunció el ceño.

—¿Para qué quiere saberlo?

—Estoy buscando a un asesino.

La violenta risa de ella le interrumpió.

—Usted... ¿Usted haciendo eso? Vamos, Stivens, ¿qué cuento es el que desea endosarme?

—Ninguno —interrumpió Stivens—. Me explicaré. Alguien entró aquí aquella noche y mató a su padre y luego se llevó algo que éste guardaba. Algo muy importante. Ese mismo asesino mató a, una muchacha llamada Dora Morris, agente de la CIA, ¿entiende? La policía me busca como ya debe saber, tratando de cargarme con el mochuelo. Para mí están cortadas todas las salidas de Nueva York y más tarde o más temprano caeré. —Hizo una ligera pausa y preguntó—: ¿Por qué no me concede un margen de confianza y me lo cuenta todo, *miss Merrick*? Dígame, ¿tenía amigos? ¿Alguno íntimo?

No le creía.

No le creería nunca.

Lo supo nada más mirarla a los ojos, y unos segundos antes de que ella replicara:

—Es usted un buen comediante, Stivens.

—Eso quiere decir que no me cree.

—Así es. Por tanto voy a llamar a la policía. Pero antes, para su tranquilidad, debo decirle que mi padre no tenía amigos. Era... un negociante y nada más.

Sin dejar de mirarle soltó la automática sobre la pequeña mesita, tomó el auricular llevándoselo al oído y con un dedo rematado en larga y nacarada uña empezó a marcar, tratando de controlarlo todo.

No pudo marcar nada más que dos cifras porque entonces Stivens saltó contra ella.

La bala le chamuscó los cabellos pero sus manos ya se encontraban en torno a sus piernas por lo que ambos se vinieron al suelo en confuso montón, yendo de un lado para otro, arañándose, mordiéndose, hasta que en una de las vueltas, Vera perdió la automática, y fue entonces, ante el estupor del propio Stivens,

cuando se quedó completamente inmóvil entre sus brazos.

Sujetándola aún, mirándola, notó cómo su hermoso cuerpo de sirena pelirroja se estremecía.

—¿Va a matarme también?

La soltó, se apartó unos pasos y tomó la pequeña automática.

—Siéntese allí, ¿quiere?

Con los ojos llenos de terror, silenciosamente, Vera obedeció, yendo a sentarse en uno de los sillones. Cabalgó descuidadamente una pierna sobre la otra y cerró los ojos. Así la sorprendieron las primeras palabras de Stivens.

—Ahora *miss* Merrick —dijo—, va a decirme la clase de amigos que tenía su padre. Abrió los ojos y le miró.

—¿Va a matar...?

La risa de Stivens la interrumpió.

—No sea imbécil, pequeña —repuso—. Jamás maté a nadie... que no fuera mucho peor que yo. —Hizo una ligera pausa y preguntó—: ¿Qué sabe de un hombre llamado Elmer Buchannan?

Vera abrió mucho los ojos.

—Lo que todo el mundo —respondió—. Que tiene un club al cual acuden las mujeres más elegantes de Nueva York.

—Apuesto a que usted también lo ha frecuentado, ¿no?

—¿Y qué muchacha no lo haría?

—Su padre, ¿tenía amistad con Buchannan?

—No, que yo sepa. ¿Pero qué tiene que ver el dueño de ese club con...?

—Eso es lo que estoy tratando de averi...

El resto de la frase murió en sus labios interrumpido por el aullido de las sirenas de la policía.

—Ya consiguió lo que se proponía, querida —dijo—. Ahí llegan. —La prendió por un brazo obligándola a que se pusiera en pie—. Vamos, ¿dónde está la puerta posterior? Pronto o la mato, querida.

Tiró de ella.

En los ojos de Vera el terror era casi animal.

—No... No dispare, Stivens. Venga conmigo y se la mostraré.

No respondió. Había una puerta al otro extremo del *living* cuyo umbral cruzaron y así, siempre llevándole detrás, Vera Merrick alcanzó la puerta que daba a la calle trasera y la abrió.

—Ésa es la salida, Stivens —dijo con voz seca.

Pero toda la sequedad desapareció de su voz cuando tras guardar la automática en el bolsillo derecho de la americana, Stivens la prendió de un brazo y tiró de ella hacia fuera.

—Vas a venir conmigo. —La tuteó—. Necesito unas horas de respiro, ¿comprendes? Y no puedo dejarte detrás de mí. No es que me importe mucho que vayas con el soplo a la policía, pero eso lo estropearía todo y por el momento no lo deseo.

Abrió la boca para contestar, pero Stivens la interrumpió al añadir:

—Será mejor que vengas conmigo por las buenas, pequeña. ¿Vamos?

Se acercó más, y Vera notó en su cuerpo la presión del arma.

Se estremeció de nuevo y le siguió.

Stivens la condujo al *subway*, sacó dos billetes en una máquinas automáticas y dos minutos más tarde, el uno junto al otro, viajaban en dirección al Bronx.

Lo abandonaron en el centro del barrio, mientras Vera se sentía cada vez más asustada a medida que avanzaba la noche, a medida que le observaba en silencio, porque aquel rostro frío y hermético nada le decía. Hasta que finalmente, sin poderse contener, preguntó:

—¿Dónde me lleva? Va a matarme, ¿verdad?

Stivens se detuvo en seco y la enfrentó.

—Si fuera un asesino... ya lo hubiera hecho... o te diría que voy a hacerlo de un momento a otro.

Miró a su alrededor en tanto que ella le observaba con sus grandes ojos en los que se leía por igual el miedo y el estupor, y añadió:

—Pero no lo soy. Por tanto éste es un lugar como otro cualquiera, que puede servir para lo que voy a hacer. ¿Quieres acercarte a esa pared, Vera?

De nuevo sus ojos brillaron llenos de horror.

—No voy a liquidarte, preciosa. —Intentó tranquilizarla—, pero vas a volverte de espaldas a mí. Y no te muevas en unos cuantos minutos, ¿comprendes?, o no tendré más remedio que darte un buen golpe.

Lentamente, notando que sus magníficas piernas temblaban, como si le costara un inmenso esfuerzo hacerlo, a punto de perder

el sentido a causa del terror que sentía, esperando al mismo tiempo el balazo que terminaría con su vida, le dio la espalda y se acercó a la pared, conteniendo el aliento.

Pero el balazo que esperaba no llegó.

Por espacio de algunos minutos permaneció allí, completamente inmóvil, con los senos agitados y violenta la respiración, esperando también, de un momento a otro, no sabía qué.

Miró.

La calle estaba sola; tan solitaria y vacía como cuando ellos llegaron.

Tampoco se oía nada. Vera no podía creerlo, pero era cierto. Stivens, el hombre que asesinara a su padre se había ido... sin matarla a ella.

Era mejor.

A pesar de verlo, de tenerlo delante de sus ojos, aún permaneció allí, sin moverse, por espacio de tres o cuatro minutos más y luego, de un modo repentino, empezó a correr buscando una calle cualquiera, una calle mejor que aquélla y un teléfono público, sin saber que en aquel momento, Stivens entraba en las oficinas de Telégrafos.

CAPÍTULO X

En la Quinta Avenida, Stivens avanzó por la ancha acera hasta encontrar un *snack* bar, donde entró, yendo directamente a una de las cabinas telefónicas.

Levantó el auricular y disco, pero no lo hizo a su apartamento, sino al club donde actuaba Mirtha.

Unos segundos más tarde tenía al otro extremo del hilo a una mujer. Sabiendo que era la encargada de la centralita del club, Stivens preguntó por la muchacha.

—¿De parte de quién?

—Dígale, si está ahí, que la llama la persona que ella espera.

Pasaron más de tres minutos antes de que le llegara la respuesta de Mirtha.

—Eres tú, ¿no? ¿Cómo estás? ¡Oh...! Yo...

Stivens la interrumpió:

—Estoy bien. Encontré un lugar donde permanecer ocultó hasta que pase todo esto.

—¿Dónde? ¿Puedo ir a verte?

Antes de responder, Stivens le dedicó una sonrisa al auricular.

—No creo que eso le guste a tu amiga Jenny, Mirtha.

Ella contuvo el aliento y Stivens, a pesar de no verlo, se dio cuenta del hecho, pero no lo mencionó. Sencillamente esperaba.

—Creo que voy a arañar a esa zorra, querido —dijo.

Y su voz era ronca.

—¿Por qué?

Pero ella no contestó a su pregunta, sino que preguntó a su vez:

—¿Cuándo podremos vernos?

—Tan pronto como mi apartamento esté libre de curiosos, querida.

—¿Qué piensas hacer?

Stivens soltó una risita.

—Tengo trabajo, querida. Algo sin importancia.

—¿Sí...? ¿Llamas de ese modo al enfrentarte con Buchanan y...?

—Tal vez, aunque no me guste, tenga que verlos a los dos —la interrumpió.

—Pero...

—Por favor. —Y de nuevo la interrumpió—. Necesito verles esta misma noche, ¿comprendes? Sólo te telefoneé para preguntarte cómo saliste del paso.

—¡Bah! —exclamó—. Se comportaron bien conmigo, a pesar de que me hicieron un sinfín de preguntas.

—De acuerdo. Te telefonearé tan pronto pueda.

—¿Al apartamento? No, de ningún modo. Será mejor que lo haga yo y esta misma noche.

—¿Por qué esta noche?

—¡Oh! No podría dormir tranquila. ¿Por qué no te entregas y...?

Stivens cortó la comunicación, no deseando oír una vez más aquellas palabras en boca de Mirtha.

Regresó a la barra y empezó a comerse el bocadillo que previamente había pedido.

Terminaba con la lata de cerveza cuando el estridente sonido de las sirenas de la policía le sobresaltó.

Abonó lo consumido y salió a la calle, pidiendo en su fuero interno alcanzarla antes de que se presentaran allí, y pensando en Mirtha. Pero Mirtha no podía ser culpable de aquello. El teniente Donovan había intervenido el teléfono del club donde actuaba, y eso era todo.

Lo consiguió.

Pisaba la acera, preguntándose a qué era debida la intervención de la Metropolitana en vez del FBI, y se pegó a una de las paredes mientras que el negro «Mercury» del Departamento de Homicidios se detenía frente a la puerta del *snack bar* con un impresionante aullido de cubiertas sobre el asfalto.

¿Por qué mataron al joyero? Y sobre todo, ¿qué interés podía tener Jenny en todo aquello?

Siempre pegado al portal donde se encontraba en aquel momento, sin dejar de meditar ni un solo segundo, Stivens vio cómo Donovan abandonaba el coche policíaco, y se dijo que el teniente

debía estar completamente loco al ir en su busca completamente solo.

¿Qué deseaba? ¿Un ascenso?

Finalmente le vio entrar en el bar y se despegó del portal, se deslizó materialmente a lo largo de la fachada y de este modo alcanzó la próxima bocacalle.

Avanzó por aquélla, orientándose hacia la guarida de Buchanan y Peters, pensando, por contraste, en Jenny.

De nuevo en la Quinta Avenida, sin prisa alguna, sabiendo que aún tendría que esperar bastante hasta el cierre del local, avanzó hacia el club. Media cuadra antes de llegar se detuvo y consultó el reloj.

Las doce y treinta minutos de la noche.

Durante unos segundos dudó sobre lo que tenía que hacer. Hasta las tres de la madrugada era mucho tiempo para esperar en medio de la calle, expuesto a ser reconocido, por lo que optó por entrar nuevamente en un bar.

En la cabina telefónica buscó el número y disco; repitiendo lo que antes hiciera con Mirtha. Y esperó un par de minutos antes de que Jenny se pusiera al otro extremo del hilo.

—¿Quién lla...?

—Soy yo, Jenny —la interrumpió.

—¡Larry! ¿Estás bien? —Hizo una ligera pausa y preguntó antes de que Stivens lograra interrumpirla—: Buscas a Buchanan, ¿verdad?

—Sí. ¿Se encuentra ahí?

—No. Ni él ni Peters. Ambos se fueron hace un par de horas.

—¿Qué...?

—Sí, así es, y no sé dónde han ido.

Stivens frunció el ceño.

—No me estarás mintiendo, ¿verdad? —inquirió.

—¡Larry, por favor...!

—Correcto, pequeña. Dime, ¿dónde vive Buchanan?

—Eso lo encontrarás en cualquier guía telefónica, pero no vayas si no quieres. Ninguno de los dos se encuentra allí.

—¿Dónde? ¿Y... cómo lo sabes tú?

—Oí cómo se lo decían al teniente Donovan.

Stivens se envaró.

—¿Estuvo ahí? —preguntó con voz ronca.

—Así es. Yo... les sorprendí hablando en el pasillo y oí cómo se lo decían. Por tanto estás perdiendo el tiempo, querido. Y... al parecer, te olvidaste que prometiste no abandonar mi apartamento hasta que yo regresara. ¿Por qué no eres un buen chico y regresas ahora? Es una imbecilidad que permanezcas en la calle por más tiempo.

—De acuerdo, lo haré. Puede... Puede que tengas razón, Jenny.

—La tengo. Espérame que no tardaré en ir, querido.

Le tiró un beso por teléfono y cortó la comunicación. Stivens abandonó el bar saliendo a la calle, pero no anduvo mucho. En uno de los portales permaneció examinando la calle durante más de diez largos e interminables minutos hasta que por fin se decidió a cruzarla, cambiando de pensamiento, y por tanto de dirección.

Tanto es así que una hora más tarde se encontraba frente al edificio donde tenía su apartamento, tratando de descubrir, en las cercanías, a cualquier policía. No lo había, por lo que subió hasta el mismo utilizando la escalera.

Abrió la puerta, encendió la luz, cerrando a su espalda, y contuvo el aliento ante el espectáculo que se ofrecía delante de sus ojos.

Su apartamento se encontraba en el mismo estado en que ya lo estuvo una vez el de Mirtha.

Llevando la pesada automática en la mano, Stivens se encaminó al living y miró a su alrededor. *Vio las maletas de Mirtha. Estaban tan revueltas como el apartamento, y sonrió al pensar que de nuevo, una vez más desde que empezara todo aquello, tenía la solución de todo ante los ojos.*

Cuando una vez más salió a la calle, llevaba trinchera azul oscuro y un sombrero negro cuya ala casi le tapaba los ojos.

También aquella vez utilizó el *subway*, y ahora lo hizo para encaminarse al apartamento de Jenny.

Desde el otro lado de la calle estuvo observando los alrededores hasta que convencido de que no había nadie, cruzó al otro lado justo en el momento en que un taxi se detenía frente a la puerta.

¿Jenny?

Un poco más atrás, un nuevo coche se detuvo a poca distancia del primero.

Era Jenny.

Stivens vio su magnífica pierna derecha cuando descendió del vehículo y se acercó. La prendió de un brazo justo cuando el taxi empezaba a separarse del bordillo de la acera y tiró haciendo que se volviera en redondo.

—¡Larry! Me... Me diste un susto cuando oí tu voz por teléfono. ¿Por qué te comportas como un chiquillo?

Le echó los brazos al cuello buscando sus labios, sin darle tiempo a responder, y allí, en medio de la calle, Stivens la rodeó por la cintura, besándola a su vez, hasta que una voz desconocida, viniendo de su espalda, les separó violentamente.

—Por ahora ya está bien, Stivens... y no haga tonterías, ¿quiere? Stivens la soltó y miró hacia atrás ladeando la cabeza.

Eran tres.

Tres «torpedos» que indudablemente habían salido del largo y negro «Mercedes» que había en la acera opuesta, y los tres llevaban las manos en los bolsillos empuñando un trío de automáticas de gran calibre.

No vaciló, sabiendo a lo que venían, y sobre todo, lo que buscaban allí.

Jenny gritó agudamente cuando se vio empujada brutalmente y cayó sobre la acera, con las piernas apuntando las luces del alumbrado público, en tanto que Stivens saltaba de costado efectuando el «saque» más veloz de su vida.

Apretó el gatillo cuando ya las balas le buscaban y uno de los gangsters se vino abajo con un balazo en medio de la cabeza, y el segundo rodaba sobre la acera para luego caer a la calle.

Stivens rodó sobre sí mismo, dando dos o tres vueltas, eludiendo el plomo del tercero por verdadero milagro, y mientras las balas chirriaban sobre la acera, aullando después hacia las alturas, disparó por tercera y última vez.

El *killer* lanzó un impresionante aullido, abrió los brazos en cruz, soltó el arma que empuñaba, dio un par de traspiés y finalmente cayó quedando completamente inmóvil.

Después de los disparos, el silencio de la calle era impresionante.

Por lo menos, eso fue lo que Jenny pensó. Luego, cuando quiso darse cuenta de la realidad, Stivens se encontraba a su lado. Stivens que la prendió por los hombros para ayudarla a que se levantara

hasta que quedaron frente a frente, mirándose a los ojos.

De los dos, fue el propio Stivens el que primero tomó la palabra.

—Vámonos, Jenny —dijo sencillamente.

Aún asustada, la muchacha miró a su alrededor hasta que sus ojos tropezaron con los cuerpos de los *gangsters caídos en el suelo*.

—¿Adónde, Larry? —preguntó con un hilo de voz.

—A cualquier parte antes de que lleguen los sabuesos de la ley, muchacha. Anda, ven conmigo.

Y casi la arrastró en dirección al «Mercedes» que minutos antes ocuparon los *gangsters y mientras lo hacía se explicó*:

—Vinieron detrás de ti en el coche que ahora nos vamos a llevar.

Stivens entró el primero y dijo:

—Conduce tú, Jenny, y calla. Deseo pensar.

Lo hizo así, pero respondió a pesar de la recomendación:

—Venían detrás de mí, Larry. A matarme. ¿Por qué?

Stivens la miró de través.

—Venían por los dos, muchacha —respondió—. Al parecer sabían que ambos vivimos juntos, en el mismo apartamento, y eso es lo que me extraña. Anda, llévame a cualquier parte fuera de la ciudad, pequeña.

Cerró los ojos mientras ella apartaba el coche del bordillo de la acera y en la distancia se oían las sirenas de la policía.

Stivens ni siquiera se dio cuenta del hecho. Pensaba. Se estaba preguntando quién sabía que vivía con Jenny. Mirtha por supuesto, pero eso no significaba nada. Peters y Buchanan también, y aquello sí era posible.

Repentinamente sus pensamientos cambiaron de rumbo y su mente amenazó con volverle loco, hasta que de un modo repentino lo comprendió todo.

Los abrió justo cuando el coche empezaba a deslizarse por una de las carreteras de acceso a Nueva York.

Stivens jamás llegó a saber cuál, ya que ladeó la cabeza para mirarla fijamente, al tiempo que decía:

—Nos volvemos, querida. Voy a llevarte a tu apartamento.

—Pero... Creí... Creí que... que me llevabas a un motel.

—Es lo que deseo, pero esta noche no voy a quedarme contigo, Jenny.

—¡Larry!

—Haz lo que te digo —la interrumpió—, que merece volver.

Sin responder ahora, Jenny torció el volante y emprendió el regreso hacia la metrópoli.

—¿Dónde debo dejarte, amor?

—En ninguna parte, ya que vamos a tu apartamento. Es decir —se corrigió a sí mismo—; llévame a la oficina central de telecomunicación.

Ella, tras lanzarle una larga mirada, le condujo hacia allí.

Quedó en el interior del «Mercedes» mientras Stivens entraba en el edificio, donde permaneció fumando durante más de media hora, hasta que regresó al coche.

—A tu apartamento, querida. —Fue lo que dijo apenas si se acomodó a su lado.

—De acuerdo. Te llevaré, pero espero que en pago por el paseo me cuentes allí todo esto, que es chino para mí.

No respondió, por lo que hicieron el resto del viaje en el más completo silencio.

Stivens lo cortó cuando casi estaban dando vista al edificio donde ella tenía instalada su vivienda.

—Será mejor que des una vuelta alrededor, ¿comprendes? No me gustaría que me sorprendiera la policía. No en este momento, muchacha.

—¿Por qué?

Stivens continuó dando la callada por respuesta y ya sin más, sin insistir sobre el tema, Jenny hizo lo que le pedía. A su lado, él continuaba pensando. Una vez más en Buchanan y en Peters, y en algo que se le antojaba monstruoso pero que era cierto; que tenía que serlo, y no había más verdad que aquélla.

Asimismo recordó a Dora y al teniente Donovan, y su sonrisa se hizo dura.

—Hemos llegado, Larry.

Se sorprendió.

Jenny vio la sorpresa en sus ojos y añadió:

—No había policías en la calle, y se han llevado los cadáveres de esos...

—A tu apartamento, muchacha —la interrumpió él.

Ya en el interior, después de que Stivens lo hubo registrado

todo, ambos se enfrentaron abiertamente mirándose a los ojos.

Y Jennifer fue la encargada de romper el silencio que ya se estaba haciendo pesado entre los dos.

—Y bien, Larry —preguntó—, ¿qué has descubierto?

—Todo. Es decir, todo no. Me falta saber qué papel es el que juegas tú en todo esto. El interés que te mueve hacia ese microfilm. Vamos, gatita, contesta, ¿quieres?

Le sonrió, respondiendo con otra pregunta:

—¿Qué darías por saberlo, Larry?

—¿Y yo qué sé?

—¿El mismo microfilm?

—¿Para qué lo quieres?

—Para devolverlo. Simplemente para eso.

Estaban en el mismo lugar de antes; mirándose a los ojos, como si no se conocieran, como si no se hubieran visto nunca.

Stivens lo rompió con una nueva pregunta, que en realidad era la misma que ya formulara en otra ocasión:

—¿Y tirar por la ventana un montón de dólares? Pero vamos a ver, ¿qué interés tienes en devolverlo?

Jennifer vaciló unos segundos y luego pidió:

—Dame un cigarrillo, ¿quieres?

Stivens se lo dio, le ofreció fuego, y luego se dejó caer en uno de los sillones, viendo cómo frente a él, la muchacha hacia lo propio.

—Tal vez lo comprendas mejor si te digo que mi nombre completo es el de Jenny Callender Morris. Dora era mi prima y decidí intervenir cuando la mataron. Por eso deseo devolverlo. ¿Me comprendes ahora? —Hizo una ligera pausa e inquirió—: Espero que no creerás que la maté, ¿verdad?

Prima de Dora Morris. Aquello podía explicarlo todo. Ella, una bailarina que se exhibía en la pista de uno de los clubs nocturnos más caros de Nueva York... lo había hecho por aquello, por estar entre las gentes, en una posición ventajosa para averiguar lo que deseaba.

No, no estaba mintiendo ni mucho menos.

Súbitamente la vio anhelante, con los Armes pechos palpitando bajo la blusa que los cubría, agitada la respiración y los ojos brillantes, mirándole fijamente, como en espera de algo que sólo él podía darle.

—No fui yo —repitió.

—Lo sé. Hace una hora que lo he sabido.

Jenny se puso en pie y se le acercó, notando cómo al instante las manos de Stivens iban a su cintura, en una caricia que la envaraba, que la deseaba.

—¿Qué...?

—¡Sé quién es el asesino!

—¡Larry!

—Calla y escucha, que vas a hacerme un favor.

—¿Qué clase de favor...?

Las manos en sus piernas, la caricia suave de sus dedos en su piel... y se acercó más.

—Uno muy importante. Vas a ayudarme, ¿verdad?

—Sí, lo que tú quieras.

E inclinó la cabeza hacia él, como en espera del beso que presentía o como señal de sumisión.

—Vas a ir a buscarlo donde yo te diga, ¿comprendes? Luego te encontrarás conmigo en un lugar previsto y juntos iremos a devolverlo.

Jenny abrió mucho los ojos, víctima del estupor que sentía, hasta que de un modo súbito preguntó con un hilo de voz:

—¿De verdad, Larry?

—Claro. ¿Por qué no?

—¡Oh, Larry, amor...!

En menos de un segundo, Stivens la tuvo entre sus brazos, notando la caricia de sus uñas en su nuca y el fuego que había en sus labios, y se dejó arrastrar por ella, con lo que el abrazo entre los dos duró mucho tiempo.

Cuando se separaron, fue ella la que preguntó con el mismo hilo de voz anterior:

—¿Dónde lo has escondido? ¿Cuándo voy a ir por él?

—Ahora te lo diré. Pero antes deseo que contestes a un par de preguntas. O tal vez a una sola.

Instantáneamente y a pesar de lo ocurrido entre los dos, vio cómo se ponía en guardia.

—No te fíes de mí a pesar de todo, ¿verdad?

—Comprendo... yo... Es que es tan difícil creer eso y precisamente de ti, Larry. De un... ¡Oh! Perdóname, querido, yo...

Stivens sonrió.

—Quiero que me digas dónde viven Buchannan y Peters, Jenny.

—No se encuentran en Nueva York. Ya te dije que oí cómo lo comentaban con el teniente Donovan.

—Eso no importa —la interrumpió—. Necesito saberlo.

Jennifer se lo dijo sin insistir más, y al terminar preguntó:

—¿Dónde tengo que...?

—Está en...

Continuó explicándose, y al terminar, una vez más, Jenny fue a sus brazos.

—Gracias, Larry —dijo después de que hubieron terminado con las caricias—. Te lo agradezco a pesar de que sé que lo nuestro termina aquí y ahora.

—¿Por qué?

Ella le miró por entre las entornadas pestañas.

—Está Mirtha, ¿comprendes?

—Deja a Mirtha de mi cuenta, Jenny.

—Siempre será cuenta tuya, y ojalá pudiera yo decir lo mismo.

—¿Tanto me quieres, muchacha?

Jenny soltó un respingo.

—Vamos, fuera de aquí —exclamó—. Vete.

Le fue empujando hacia la puerta, pero cuando llegó a aquélla, Jenny le prendió de un brazo y le miró fijamente a los ojos.

—Cuídate mucho esta noche, querido —dijo—. Aunque sea por Mirtha.

—¡Al cuerno, muchacha! —Fue la respuesta que recibió de Stivens.

Sin esperar respuesta cruzó el umbral y salió a la calle.

CAPÍTULO XI

No había nadie a la vista cuando pisó la acera.

Stivens detuvo un taxi y se hizo conducir a Madison. Una vez allí buscó un bar y entró. Cinco segundos más tarde se encontraba en el interior de una de las cabinas telefónicas, y un minuto después hablando por teléfono.

—... Entonces esta noche, ¿no?

—¿Estás seguro?

—Claro.

Hubo una ligera pausa al otro lado, y de nuevo la misma voz:

—Ten cuidado. Oye, ¿necesitas al...?

—No.

Colgó antes de que pudieran contestar, luego fue a la barra, se tomó un *whisky* y una vez más salió a la calle.

Avanzó despacio durante un buen trecho hasta que entró en un nuevo bar, yendo directamente hacia una de las cabinas telefónicas. Cuando salió de allí llevaba en los labios una tenue y satisfecha sonrisa, pero en contraste sus ojos se mostraban fríos.

En la barra tomó un segundo *whisky*, a pequeños sorbos, y regresó a la calle luego de abonar la consumición.

Veinte minutos más tarde se encontraba en la West Street, media cuadra antes de llegar al edificio donde Buchannan tenía para él sólo toda una serie de apartamentos.

Y ahora, al cruzar al otro lado, no miró a ambos extremos de la calle, como había hecho en multitud de ocasiones y a partir del momento en que supo que le buscaba la policía.

No utilizó el ascensor.

Calladamente, sin producir el menor rumor, Stivens subió por la escalera y luego se deslizó por el pasillo del noveno piso hacia la puerta donde Buchannan tenía su apartamento. Pegó el oído a la puerta.

El apartamento debía estar vacío o en su defecto Buchanan dormía a aquella hora.

Cierto que Jenny le había dicho que ni él ni Peters se encontraban en Nueva York, pero tenía sobrados motivos para no dar crédito a sus palabras, por lo menos en aquel aspecto.

Buchanan era el único testigo, o por lo menos lo creía así, que podía corroborar sus sospechas. Buchanan sabía quién era el asesino. Tenía que saberlo.

Cerró a su espalda llevando ahora la automática en la mano y palpando la pared avanzó hacia el lugar que ocupaba el *living*. *Empujó la puerta y se detuvo en el umbral, escuchando.*

Nada.

El silencio era absoluto.

Stivens tanteó el marco buscando el interruptor de la luz y la encendió; miró a su alrededor y luego, decidido ya, se encaminó en derechura a una de las tres puertas que había frente a él.

Abrió la primera y supo que había acertado aun sin proponérselo, y que Jenny se había quedado sin empleo, porque Peters estaba allí, sobre la cama, atravesado en ella, y bañado en un mar de sangre.

Degollado; eso era todo.

Lentamente se acercó, le estuvo examinando por espacio de varios segundos, sin tocarle, hasta que de un modo repentino se acercó hacia la mesita donde descansaba el teléfono.

Alargó la mano hacia el auricular...

—No lo hagas, querido.

Stivens no vaciló, saltó de costado hacia su derecha mientras se volvía en el aire, para enfrentarla, y la bala produjo corriente de aire junto a su oído, y apretó el gatillo tirando a matar.

Frente a él, Buchanan se contrajo llevándose las manos al vientre, soltó la automática y con una mueca de estupor cayó al suelo para no levantarse más, y él se lanzaba de un planchazo al suelo en tanto que dos balazos más, éstos en su contra, le raspaban el cuero cabelludo.

—Suelta la pistola, suéltala, muchacha.

Pero ella disparó de nuevo, y erró.

Con una mueca, con una expresión indefinible en sus ojos y labios, Stivens disparó por segunda vez.

El movimiento que ella efectuaba en aquel entonces, tratando de rectificar la puntería, se interrumpió en seco, desorbitó los ojos, soltó el arma y cayó de rodillas sobre la alfombra.

Sin dejar de encañonarla, Stivens se puso en pie y se acercó, pero cuando llegó a su lado, Mirtha O'Hara había caído del todo y se encontraba ovillada en el suelo, mirándole.

Y a pesar del dolor que indudablemente sentía, a pesar de que se estaba muriendo, aún tuvo fuerzas para sonreír.

—Nunca creí que gana... ras, querido... Pero tú... tú... eres... eres un tipo listo.

Se estremeció ligeramente y quedó inmóvil, con los ojos espantosamente fijos en el semblante frío e inexpresivo de Stivens.

Entonces se acercó a ella, le cerró los ojos y murmuró:

—Lo siento, muchacha, pero era tu vida o la mía y tú... tú sabes que me obligaste a hacerlo. Lo siento, lo sentiré toda mi vida.

Se irguió y miró a su alrededor. Buchanan y Peters estaban muertos; Mirtha también. No sentía sus muertes, pero tampoco encontraba satisfacción alguna por ellas. No obstante, le escocía el fracaso. Su confianza en sí mismo al entrar allí le habían hecho fracasar. ¿O tal vez no?

Stivens se formuló la pregunta avanzando ya hacia el teléfono cuyo auricular levantó a continuación.

Discó.

—¿Policía...?

—Sí, diga.

—Larry Stivens al habla —respondió—. ¿Está el teniente Donovan?

Claramente notó cómo alguien soltaba un respingo al otro lado de la línea y a continuación le llegó la respuesta:

—No está aquí. Y no cuelgue, por favor.

Stivens se limitó a sonreír duramente, y no lo hizo.

—Es lo mismo —siguió—. Les telefoneo desde el apartamento de Buchanan. Ha muerto. Alguien degolló a Peters mientras dormía. —Hizo una pausa y añadió rápidamente—: Una mujer murió también. A ésa la maté yo... —terminó con la voz oscura.

—Oiga, ¿es cierto eso...?

—Sí, así es.

—Escuche, Stivens. Será mejor que no se mueva de ahí,

¿comprende? Hay orden de disparar a matar, contra usted, si se resiste.

Stivens sonrió por segunda vez.

—Por lo visto, polizante, los de la Metropolitana olvidan que yo tengo algo que busca el FBI. Algo que pertenece al Departamento de Defensa, ¿no? Si me matan, ¿quieren decirme dónde lo encontrarán? No, amigo, eso no es cierto, porque yo les intereso vivo.

Hasta sus oídos llegó una violenta maldición, y preguntándose si el FBI estaría enterado de aquella orden en su contra, continuó:

—Revoquen esa orden o cometerán un error de los grandes. Los asesinos de *miss* Dora Morris y del joyero John Merrick ya lo han pagado. Les maté yo después que asesinaron a Peters, y puedo probarlo.

Sin esperar respuesta a sus palabras, cortó la comunicación.

Encendió un cigarrillo y con este colgado de la comisura de la boca, luego de lanzar una fugaz mirada al cadáver de Mirtha O'Hara se encaminó al *living*, *repitiendo*:

—Lo siento, muchacha. Lo sentiré toda mi vida.

—¡Stivens!

Él volvió a sonreír, burlonamente, exactamente igual que siempre, cuando respondió:

—Pase, teniente, está usted en su casa.

Donovan terminaba de entrar en su casa. Encendió las luces del pasillo y se encaminó directamente a su habitación, pero cambió de idea y anduvo ahora hacia el *living con objeto de tomarse un whisky*.

Encendió la luz, y entonces soltó aquella exclamación porque sentado en uno de sus sillones se encontraba el hombre que por orden suya estaba buscando toda la policía de Nueva York.

Donovan, sin dejar de observarle, obedeció en silencio, dio un par de pasos, y repentinamente llevó la mano a la funda donde reposaba su «Policial Positive» de reglamento, pero no llegó ni a rozar su culata ya que de un modo repentino se vio frente a la negra boca de la «Luger» que Stivens empuñaba.

—Vamos, teniente —dijo sin perder la sonrisa—. Por esta noche ya basta de muertes. ¿Quiere sentarse y no ser tan quisquilloso?

—De acuerdo, Stivens, pero va a pagarme esto tan pronto como me suelte, ¿comprende? —se dejó caer en el sillón, frente a él, y

añadió—: ¿Cómo ha entrado aquí?

¿Qué busca?

Stivens enfundó, y acto seguido dio la respuesta:

—A la primera le diré que entré aquí empleando los mismos procedimientos que en otras partes. Lo entiende, ¿verdad? —Y había burlona ironía en su voz—. A la segunda, que he venido a hablar con usted.

—Eso quiere decir que viene a entregarse, ¿no?

—Nada de eso, teniente. Vine a explicarle cómo ocurrieron las cosas según mi propio criterio, y a decirle, si es que no lo sabe aún, que los asesinos de esa muchacha del CIA y del joyero Merrick, han purgado su crimen.

—¿Espera que le crea?

—¿Y por qué no?

—Explíquese, ¿quiere?

—La cosa empezó hace unos días, y el referirme a unos días, me refiero al asunto del microfilm, y voy a empezar por el asesinato del joyero. Durante algún tiempo rondé su joyería. Mi propósito era estudiar el terreno, atracarla y después ponerme en contacto con Buchannan, al que esperaba mandar a la cárcel apenas se hubiera hecho cargo de las joyas. Para eso sólo bastaba una denuncia al FBI. La noche que iba a dar el golpe, una mujer salió de allí. Me gustó casi tanto como me extrañó aquel hecho inesperado, por lo que la seguí hasta su apartamento. Antes de llegar tuvimos un tropiezo y eso me hizo sospechar que la rubia llevaba algo importante en el interior de aquel portafolios, o las joyas que yo había ido a buscar. La defendí por lo mismo, y no me equivocaba. Ella llevaba el microfilm que ahora está en mi poder.

»John Merrick se lo había entregado. Pero más tarde moría. Cosa de media hora después de efectuar la entrega. El asesino llegó, por lo tanto, poco más tarde que la muchacha y le mató, pero supongo que antes le obligó a que le dijera quién tenía el microfilm. Por eso luego fue al apartamento de Dora Morris, del CIA, y también la asesinó. Y lo hizo por mi culpa, ya que yo le oí llegar y me engañó como un novato.

»Registró el apartamento sin encontrar nada ya que entonces el microfilm lo tenía yo. Fue entonces cuando se acercó al apartamento de Mirtha O'Hara y lo registró del mismo modo que el

de Dora, aunque esto último no fue nada más que para darme a mí una falsa pista. Una falsa impresión. ¿Me comprende, teniente?

Stivens dejó de hablar, extrajo el arrugado paquete de cigarrillos, tomó uno y lo encendió. En aquel momento le llegó la respuesta de Donovan.

—¿Por qué, Stivens?

—Porque Mirtha, aunque yo no lo sabía, también estaba complicada.

—Explíqueme eso, por favor.

La sonrisa de Stivens se hizo dura.

—Todo el mundo sabía que Mirtha O'Hara era mi amante desde mucho antes de que... de que me llevaran allí —respondió—. Por tanto fue ella misma la que revolió o mandó revolver su propio apartamento, y lo hizo por ese mismo motivo, para alejar mis sospechas de ella.

—¿Cómo llegó a saber que estaba complicada, Stivens?

—Por su culpa. Estando con Jenny nos atacaron y tuve que matar en defensa de nuestras vidas. ¿Quién sabía que me encontraba en su apartamento, con ella? Nadie.

Buchanan y Peters no estaban enterados, tampoco la policía. Tan sólo Mirtha, a la que yo mismo se lo había dicho no hacía mucho.

Tras unos segundos de duda, Donovan preguntó:

—¿Quién era el otro cómplice?

—Buchanan y Peters. Los mismos que atracaron el National Bank.

—Con usted, Stivens. ¿O no es así?

—Conmigo, sí.

Y le dedicó una sonrisa, como la vez anterior, cargada de dureza.

—Buchanan, Peters y Mirtha han muerto, teniente, pero yo no maté a Peters.

—Entonces, ¿quién lo hizo?

—Uno de sus cómplices. ¿Y sabe por qué?

Donovan denegó con la cabeza.

—Es sencillo, teniente —repuso Stivens—. Porque a última hora, y luego de mi aparición en escena, empezó a tener miedo y empezaron las discrepancias en el trío. Yo entré allí y le encontré

muerto. Al ir a telefonar a la policía, Mirtha y Buchanan salían de una de las habitaciones y empezaron a disparar contra mí. Eso sólo tiene una explicación; la de que Mirtha siempre pensó que el microfilm estaba en uno de mis bolsillos. Por eso fue a mi apartamento, para registrarlo, diciendo que pensaba quedarse allí para siempre.

—¿Y no es así?

—No, no era así. A estas horas el microfilm debe estar en las manos de Jenny. Esa prima hermana de Dora Morris. Por eso le dije dónde estaba. Para darle la satisfacción de devolverlo por sí misma. Lo comprende, ¿verdad?

—Siendo lo que era para usted, ¿por qué Mirtha se unió a Buchanan y a Peters?

—Es sencillo. Un año de ausencia fue suficiente. Después mi vuelta repentina. Como comprenderá, las aguas no podían volver a su cauce. Yo era para ellos una pesadilla del pasado. Una complicación más para Peters y Buchanan, sin contar, claro está, a Mirtha, que no me había sido fiel. Y la cosa aún se complicó más con la aparición del microfilm.

—¿Y qué es lo que contiene?

—¿Usted no lo sabe, teniente?

—¿Cómo cuernos quiere...?

Se encogió de hombros.

—Creí que lo sabría —le interrumpió—. Ya que no es así, se lo diré. Es un nuevo tipo de cohete para poner en órbita un satélite tripulado por dos personas. Puede que esto no se lleve a efecto en mucho tiempo, pero el diseño del cohete, la maquinaria y el Carburante que ha de usar va en ese microfilm. Cierta potencia extranjera lo quiere y por lo visto el CIA y el FBI se han empeñado que no sea así, ¿comprende?

—Aún no, Stivens. Antes debo saber una cosa. John Merrick, por lo tanto, también era un espía, ¿verdad?

—No necesariamente, Donovan.

—¿Por qué?

—Merrick era uno de los joyeros más afamados de Nueva York y un. —Hombre sin tacha. Él conocía, debido al comercio a que se dedicaba, a altos funcionarios de Washington. Fue allí dónde le comisionaron para que lo trajera aquí con objeto de que un agente

del CIA viniera a recogerlo. Y lo hicieron porque los del FBI, y también los del CIA, eran bien conocidos por el enemigo. ¿Lo comprende ahora? Y así... así fue cómo empezó todo.

—Sí, bueno... pero aún no consigo comprender cómo Buchanan, Peters y la propia Mirtha O'Hara se enteraron de su existencia.

Stivens se recostó contra el respaldo del sillón y le miró burlonamente.

—Hace mucho rato que estoy esperando esa pregunta, teniente —dijo suavemente.

—¿Sí...? ¿Por qué?

—Voy a decírselo a usted. Fue el verdadero asesino del joyero. Fue la misma persona que tenía que saberlo debido al cargo que ocupaba. Fue la persona que se presentó en el apartamento de Dora afirmando que era la policía, por lo cual yo abandoné la casa utilizando la escalerilla de emergencia para caso de incendio. ¿Está claro?

La sonrisa que ahora había en los labios de Donovan, también era burlona.

—Estoy esperando que me diga quién fue, Stivens —dijo.

—Usted, teniente. Usted, que también fue uno de los complicados en el atraco del National Bank. Es y era la persona que actuaba en la sombra. La única que por su cargo sabía todo lo que podía interesarle a Buchanan y a Peters. Y en fin, la única que podía lanzar a la Metropolitana por pistas falsas. Y por último le diré que fue usted el que se presentó en la joyería obligando a Merrick que le dijera dónde se encontraba el microfilm, y el que se llegó al apartamento de Dora diciendo que era la policía.

—¿Sí...? ¿Y cómo ha llegado a esa conclusión?

—Por dos, razones. La persecución de que era objeto por parte de la policía, acusado de dos asesinatos que no había cometido. Si hubiera sido el FBI, la cosa cambiaba ya que ellos son los que en realidad llevan este asunto, no me hubiera extrañado en modo alguno. Por otra parte, Jenny le vio hablando esta noche con Buchanan y Peters.

Donovan no perdió su sonrisa.

—De acuerdo, Stivens —dijo fríamente—. Está en lo cierto. Ahora que lo sabe, deme ese microfilm. La potencia que va a

pagarnos nos hará ricos a los dos. Por otra parte, no olvide que pertenezco a la Metropolitana y que por tanto nadie nos va a...

Se interrumpió al ver cómo Stivens denegaba con la cabeza.

—¿Por qué no? —preguntó.

—Porque deseo que vaya a parar a la silla, bastardo. Ésa es la suerte de los espías y asesinos, y usted ya conoce la ley.

Donovan soltó una risita.

—¿Y cómo espera conseguirlo? Es su palabra contra la mía. La de un policía contra la de un expresidiario, la de un atracador. Está loco si espera conseguirlo, Stivens.

Se puso en pie, pero Stivens no se movió. Sólo dijo:

—Hay algo que aún no entiendo, polizonte. Yo fui al apartamento de Dora y alguien me golpeó en la cabeza. ¿Quién fue? ¿Usted? Si es así no encaja.

—Fui yo, Stivens. Se refiere a la muerte de la rubia, ¿verdad? Pues es sencillo de explicar. Cuando yo me presenté en su apartamento por primera vez, iba en busca de ese microfilm, pero entonces no la maté. Me limité a hacerle unas preguntas, contestó, claro está, pero no se confió del todo y lo comprendo... y entonces le denunció. Por eso vine a su casa y le registré estando usted presente, ¿recuerda? No encontré nada, por lo que al día siguiente regresé al apartamento de Dora y entonces la liquidé. Terminaba de hacerlo cuando usted se presentó, le golpeé, perdí la cabeza y huí. Pero al pensarlo mejor, regresé con un par de mis hombres, pero usted ya había volado del apartamento, Stivens.

—¿Qué hubiera ocurrido si me detiene, teniente? Ese microfilm nunca hubiera...

—Nos esperaban en el camino. Los hombres de Buchanan y Peters hubieran asaltado el coche donde íbamos.

—Sacrificando así a dos de sus hombres, ¿verdad?

—¿Y por qué no?

Stivens sintió asco cuando dio la respuesta.

—Usted es un oficial de la policía. Creo... Creo que no voy a tener más remedio que matarle.

El teniente soltó una maldición, llevó la mano a la funda de la pistola y dio un paso atrás. Stivens no se movió aunque sí agrandó los ojos por el asombro porque justo en aquel momento, el *living* empezó a llenarse de policías.

—No toque esa pistola, teniente.

No hizo caso, pero no llegó a desenfundar porque entonces se lanzaron contra él.

Sin moverse de donde estaba, Stivens observó la corta lucha mientras Jenny se le acercaba sin pronunciar palabra. Luego todo acabó en contados segundos. Fue entonces, cuando uno de ellos se le acercó en tanto que Donovan le miraba venenosamente.

—Le felicito, inspector —dijo.

Donovan soltó una exclamación y clavó los ojos en la figura atlética de uno de los agentes del FBI.

—Él... Él... ¿Pero no estuvo en Sing-Sing?

Stivens fue el encargado de darle la respuesta:

—Y por lo del atraco del National Bank según se dijo. Pero ¿ha pensado alguna vez en el motivo por el cual intervino tan a tiempo la policía? —hizo una pausa y añadió—: Desde hacía mucho tiempo el FBI iba tras Buchanan y Peters, pero no había prueba alguna contra ellos. Y por eso vine de Washington, ya que aquí, mis compañeros, eran sobradamente conocidos.

»Por eso nadie sabía quién era yo en realidad. Ni los altos jefes del FBI en Nueva York. Había que cazar a Buchanan fuera como fuese y empecé a codearme con la gente del hampa. Recorrí los bajos fondos de un lado para otro, y participó en algunos robos de escasa importancia hasta que logré entrar en la organización de Buchanan.

»Vino lo del robo y me detuvieron. Cierto que entonces pude mandarle a presidio, pero no lo hice. Nos interesaba Peters casi tanto como Buchanan y se estaba rumoreando que ambos iban a entrar en sociedad. Por eso fui a

Sing-Sing

y allí pasé un año aprendiendo lo que no pude aprender ni en los bajos fondos. Entre otras cosas, que Buchanan parecía dedicarse a algo más que a la trata de blancas y que entre éste y la policía Metropolitana había algún contacto. Más tarde, estando en la cárcel, Buchanan se puso en contacto conmigo hablándome de Peters y de lo que esperaba de mí. Nada menos que atracara la joyería de Merrick. Sabía que éste se quedaba solo hasta altas horas de la noche y que un hombre sólo podía hacerlo. Estudié el terreno.

»Con aquellas joyas tenía para enviarle a la cárcel. Intervino Dora Morris y de pronto creí que todo se había estropeado, pero no fue así ya que era la misma banda la que deseaba el microfilm. — Hizo una nueva pausa y añadió al cabo de unos segundos de silencio—: Por último diré que telegrafíé a Washington preguntando si la policía Metropolitana estaba enterada del asunto del microfilm y me contestaron que sí. Eso fue lo que me hizo comprender que mis sospechas hacia usted eran ciertas, Donovan. —Miró a los agentes que le contemplaban llenos de asombro y añadió secamente —: ¡Lléváoslo!

Fue entonces cuando Stivens reparó en la presencia de dos agentes del FBI, y sonrió recordando cierto paseo bajo los rayos de la luna. Y fue precisamente uno de ellos el que preguntó mientras el resto se llevaba a Donovan:

—¿Y el microfilm, inspector?

Stivens miró a Jenny y ella le dio la respuesta mucho antes de que formulara pregunta alguna al respecto:

—No fui a buscarlo, Larry... —dijo—. No fui por él. Temía por tu vida. Por tanto avisé al FBI y aquí estamos.

—Hiciste lo contrario de lo que te dije... ya que antes les avisé a ellos de que iba a hacerlo solo. —Miró a los dos que quedaban allí y añadió—: Se encuentra en el puente de Brooklyn, escondido en la grieta de uno de los pilares.

Dio el emplazamiento exacto, y fue entonces cuando el segundo de los agentes le encaró diciendo:

—Le ruego que nos perdone, inspector, pero nosotros...

Stivens le interrumpió con un ademán.

—No le culpo de nada. Aquí nadie me conoce, como no sea como un hombre de pésimos antecedentes. —Le miró atentamente—. Tampoco quiero que se sepa, muchachos. Ni que se me salude cuando se me encuentre en cualquier oscuro rincón. Conviene que esto no se sepa en el mayor tiempo posible.

—Descuide, inspector, que se hará así.

Salieron.

Stivens se puso en pie y la enfrentó.

—Voy a darte un beso, ¿sabes? —dijo de buenas a primeras—. No deseo que lo nuestro termine. Luego... me casaré contigo y después te llevaré a mi apartamento.

Jennifer agrandó mucho los ojos y dio un paso adelante.

—Larry... —susurró.

Después el tiempo y el lugar donde se encontraban desapareció de sus mentes hasta mucho más tarde. Entonces, al separarse de sus brazos, Jenny preguntó:

—Uno de ellos era Mirtha, ¿verdad?

—Sí. Y ella misma fue la que se delató.

Se lo explicó todo, y al terminar, Jenny se colgó de su brazo.

—¡Cómo nos engañaste a todos! —musitó—. Y... Y... ¿qué hay de esa boda?

Stivens no contestó, pero tiró de ella hacia la salida.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] En español, hombres del Gobierno. < <